16

1

233446

LA NOVELA D

ROCÍO, LA F

por

ENRIQUE DOMINGUEZ RODIÑO



1 PTA

WINDSOR
MADRID
BIBLIOTECA

1

233446

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

BIBLIOTECA MADRID

47/150293

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

R. 3221913

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de noviembre de 1924 Núm. 16

ROCÍO, "LA PILARES"

POR

ENRIQUE DOMINGUEZ RODIÑO

Ilustraciones de BALDRICH

UNA PESETA

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.

1924

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

Mendizábal, 42.—MADRID

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los dias, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.
Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, 5 pesetas.

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez del Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

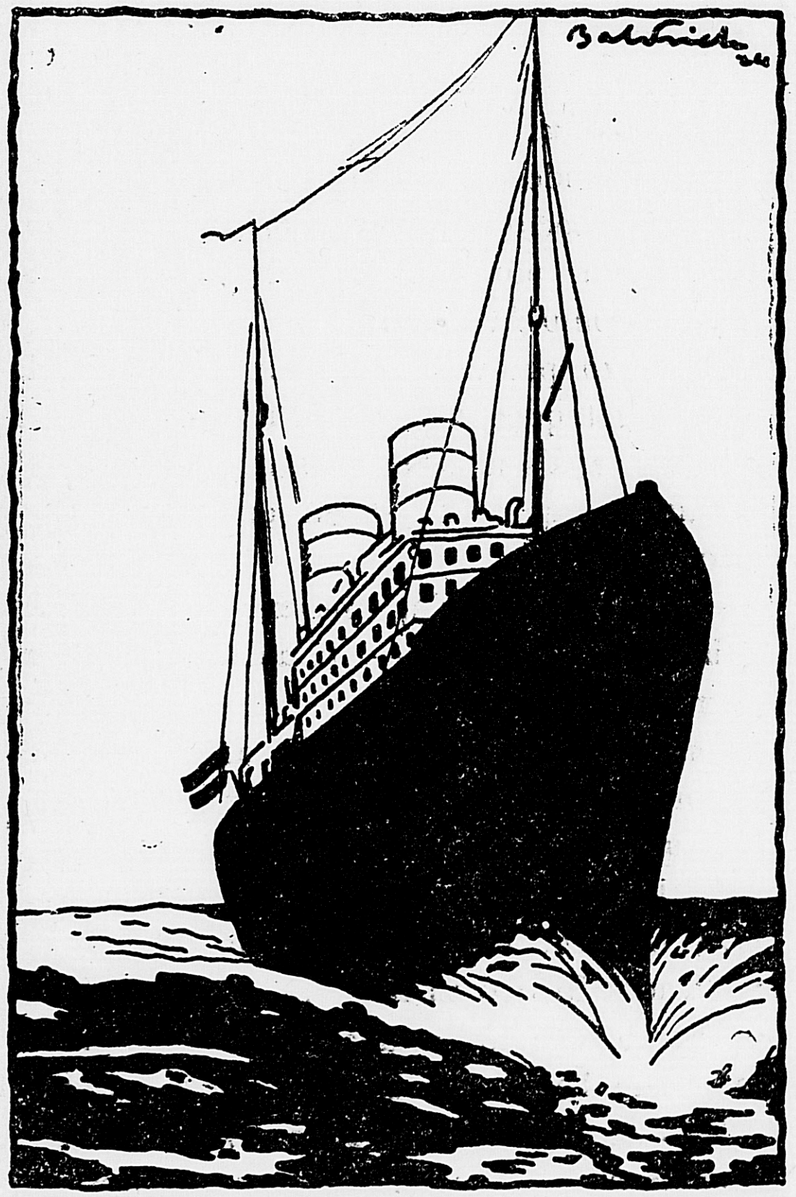
Rocío estaba decidida. Huiría de él y viviría por su cuenta en adelante. Las circunstancias se presentaban propicias a su fuga. El "Orita" atravesaría el Canal durante el día y llegaría a Colón a la caída de la tarde. De madrugada zarpaba el "Buenos Aires", de la Compañía Pinillos, para los puertos de Venezuela. *El Pilares* y su cuadrilla, que venían de Lima y se dirigían a Caracas, donde iban a torear unas corridas antes de regresar a España, tenían ya tomado pasaje en el buque español.

Apenas atracó al muelle el trasatlántico inglés, desembarcaron todos. Una pintoresca y abigarrada muchedumbre llenaba con infernal estrépito las calles de Colón. Era Carnaval. La población negra invadía las aceras ataviada con sus más brillantes galas: tra-

jes claros con pañuelos y lazos de los más chillones colores. La reina del Carnaval, instalada en un gigantesco camión con toda su corte de honor, recorría las calles seguida de una interminable caravana de automóviles, bajo un diluvio de flores y de policromas serpentinas. Murgas y "tamboritos", en gárrulas pandillas, se detenían ante "bares" y tabernas, para bailar y cantar. Diez mil marineros yanquis de la escuadra, anclada desde el día antes en el puerto, ebrios de cerveza y de *whisky*, llenando "cabarets" y burdeles, hacían más desenfrenada y grosera la loca bacanal, como si una ola de lujuria se hubiese desbordado sobre Colón.

A media noche, *Tronío*, el picador de confianza del *Pilares*, un jayán de San Juan de Aznalfarache que estaba siempre más borracho que una cuba, le dijo al "mataor":

—¡Qué lástima que esté Rocío con nosotros! Podríamos recorrer por ahí unos cuantos "tamboritos" hasta la hora de embarcar. Yo conozco una casa donde hay unas "morenas" de Costa Rica que quitan el "sentío". Más negras que el betún y con



un fuego en la sangre que derrite hasta las piedras.

—Pues eso se arregla pronto. Verás—contestó *el Pilares.*

Y dirigiéndose a Rocío, le dijo:

—Oye, Rocío. Nosotros nos vamos a dar unas vueltas por ahí. Tú vete a bordo ya. Que te acompañe *Currito.*

Rocío no protestó. Al marcharse con el mozo de estoques, le dijo al *Pilares*:

—No vayáis a beber más de la cuenta y perdáis el vapor. Ya sabéis que sale a las cinco.

—¡No seas mula, mujer!—le repuso agriamente *el Pilares*—. ¡Cuidao que se te ocurren unas cosas!

Con las primeras luces del alba llegaron los toreros al vapor. El "mataor" venía tan ebrio que no se podía tener en pie. La escalerilla la tuvo que subir en brazos de *Tronío,* y así llegó hasta el camarote. El hercúleo picador lo tiró en la litera, como un fardo. Rocío, que los estaba aguardando, medio vestida bajo la sábana con que se cubría, se hizo la dormida. Cuando *Tronío* y sus compañeros se alejaron, alzóse de su litera y

se acercó al *Pilares.* Lo miró en silencio un rato, y una vez convencida de que la había "cogido" en grande y de que no despertaría en muchas horas, terminó de vestirse. Antes de salir del camarote, cuando ya se oían los ruidos del buque maniobrando para zarpar, acercóse nuevamente al torero, lo cogió por ambos hombros y lo sacudió violentamente. *El Pilares* se revolvió pesadamente, lanzando un sordo gruñido.

—Eres una mala persona, Manuel—dijo Rocío—. ¡Gracias a Dios que me voy a ver libre de ti! Bastante me has engañado y me has hecho sufrir. Ni te quiero ni te aborrezco; pero me voy para siempre de tu lado con la alegría del mundo. Que Dios te ajuste las cuentas, charrán.

Al llegar a la escalerilla, Rocío se encontró con uno de los oficiales, un muchacho catalán a quien conocía de otras travesías.

—¿Adónde va usted?—le preguntó—. ¿Quiere usted bajar a tierra?

—Sí.

—No le da tiempo ya. Estamos levando anclas y nos vamos en seguida.

—Es que yo no vuelvo a bordo. Me quedo en Colón.

—¿Qué dice usted?—exclamó, asombrado, el marino.

Rocío, cogiéndole ambas manos, le dijo:

—No me descubra usted, Anglada. Por su salud se lo pido. Guárdeme el secreto por unas horas, hasta que el buque esté en alta mar, y hágame un favor. No puedo vivir más a la vera de ese hombre. Es muy malo conmigo. Acabaría por matarme o yo le mataría a él algún día. Me vuelvo a Lima, donde tengo amistades que me ayudarán. Cuando se despierte *el Pilares*, le dice usted de mi parte que no se vuelva a acordar más de mí en todo lo que le quede de vida. Que por mi voluntad me fuí con él y por mi voluntad lo dejo ahora para siempre. ¿Me hará usted el favor?... Que Dios se lo pague.

—Pero, mujer, ¿usted sabe lo que hace?—insinuó el oficial, tratando de disuadirla.

—¡Que si sé lo que hago!—exclamó, radiante, Rocío—. ¡Romper unas cadenas que me ahogan! ¡Empezar a vivir!

Desde el muelle, oculta tras un montón de fardos, Rocío miraba alejarse el "Buenos

Aires". Cuando dejó de verlo, perdido entre la bruma, levantó los brazos al cielo y lanzó un grito de triunfo:

—¡Gracias, madrecita mía!

* * *

Rocío Moreno, *la Pilares,* como la llamaban desde que la hizo amante suya Manuel Pavón, *el Pilares*, el famoso torero cordobés, había nacido en Algeciras. Su padre, el contrabandista más osado que había en todo el Campo de Gibraltar, murió una noche en La Línea, cosido a balazos por los "blanquillos" de la Tabacalera. Rocío tenía entonces cuatro años escasos. Su madre, cuando entró en la convalecencia de un gravísimo ataque al corazón que le produjo la espantosa muerte de su marido, se volvió a Málaga, su tierra natal, con la niña, al amparo de unos parientes. La madre de Rocío, que era una mujer muy guapa y muy joven aún, no quiso volverse a casar, no obstante las muchas y buenas proporciones que se le

ofrecieron, por no darle, como ella decía, un padrastro a su hija, en la que adoraba con reconcentrada ternura.

Rocío fué creciendo como una flor bellísima. A los quince años era la mocita más juncal y garbosa de todo el barrio de la Trinidad. Tan bonita de cara, que la tenía de serafín, como hermosa de corazón y despierta de espíritu. Ninguna como ella sabía prenderse unas flores en el pelo, que era negro como la endrina, ni sonreír con tanto ángel, ni andar con su gracia, ni contestar a los chicoleos con igual donosura, ni cantar con más sentimiento. Viva de genio y alegre como un rayo de sol, no había muchacha que no la envidiase, ni mocito que no anduviese loco por sus encantos. Pero ella no le hacía caso a nadie; para Rocío no había más que su madre en el mundo.

Hasta que un día, pasando por la calle de Larios, la vió *el Pilares*. El torero de Córdoba tenía tanta fama de valiente ante los toros, como de conquistador irresistible. Era un hombre alto, buen mozo, moreno, con los ojos azules. Basto y grosero, vanidoso y cruel, no conocía otra ley que su capricho.



Le gustó Rocío y se propuso hacerla suya. Trinidad, la madre, que advirtió el cerco, se dispuso a defender a su hija del peligro. Pero todo fué en vano, inútil toda prevención y consejo contra el torbellino que la pasión desató en el pecho de la mocita. Un día faltó a su casa, y cuando volvió a ella, una semana después, el mal no tenía remedio ya.

La acompañaba *el Pilares*. Trinidad recibió a su hija deshecha en un mar de lágrimas. Rocío se apretó contra su pecho, llorando también.

—No se apure usted, señora, que no es para tanto—dijo el torero—. Su hija de usted me ha sorbido el "sentío". La quiero de veras, y ni a ella ni a usted les habrá de faltar nada mientras yo viva.

El Pilares, que se había casado con una perchelera, vivía en Málaga. Viudo desde el año anterior, una tía de su mujer cuidaba de la casa y de su única hija, una niña de diez años, a la que el torero quería con ciega idolatría. Cuando llegó la temporada, Rocío se fué con *el Pilares* por todas las plazas de España, como un individuo más de la cuadrilla. Para la mozuela, inquieta y atre-

vida, aquella existencia nómada, llena de emociones y aventuras, era el mejor de los mundos. Quería a Manuel Pavón con todas las fuerzas de su alma, apasionada y bravía. Estaba orgullosa de él, de ser amante suya, de su majeza y su rumbo. Por su parte, el torero llegó a sentir hacia la muchacha si no amor precisamente, sí un afecto muy grande. Y aun más que afecto, necesidad de ella: necesidad de su cuerpo y de su espíritu. De su cuerpo grácil y fino, hecho de rosas y de nardos, que vibraba como una llama entre sus brazos ansiosos y encendía insospechadas hoguera en la pira de su lujuria; y de su espíritu revoltoso y alegre, lleno de luz y de sonidos, con alas de mariposa y garganta de pájaro. Nunca se mostró *el Pilares* más decidido frente a los toros, ni obtuvo mayores triunfos. En las tardes de desgracia, Rocío, con los cascabeles de sus risas y el consuelo de sus mimos, era la conformidad inmediata y la esperanza en el desquite. Y en dos ocasiones en que estuvo herido, de bastante gravedad la segunda, Rocío fué la enfermera abnegada que no se separó un mo-

mento de su lado, mitigando su dolor con bálsamos de cariño.

Pero Manuel Pavón no supo comprender ni apreciar el tesoro que poseía. Rocío, para él, no pasó nunca de la categoría de un "capricho". Un capricho que duraba ya años, que se renovaba constantemente, tras frecuentes eclipses, pero que siempre era un capricho. Cada vez más entregado al alcohol, la maltrataba cruelmente a menudo, vejándola con brutal complacencia siempre que podía, frente a mujerzuelas inmundas. Algunas veces la obligaba a permanecer en una ciudad cualquiera, con la prohibición terminante de moverse de allí hasta que él lo dispusiese. Otras, cuando se le agriaba un vaso de vino, la arrojaba violentamente de su lado. Tan pronto se la brindaba generosamente a los amigos, como la amenazaba de muerte, mordido por unos celos furiosos, acusándola de imaginarias infidelidades. Rocío no protestaba nunca. Al contrario, cuanto más la maltrataba y humillaba *el Pilares*, más parecía quererle ella; todo lo soportaba con la sonrisa en los labios: golpes e insultos. Le parecía que el cariño del hombre tenía que ser así: rudo, violento, imperioso. Las caricias sabrosas eran las que hacían daño. A veces se rebelaba y huía, para volver a poco con renovado deseo y más esclava que nunca. Un invierno, habiendo perdido en la ruleta y derrochado en francachelas todo lo que había ganado durante la temporada, la forzó el cordobés a entrar en un elegante prostíbulo de Barcelona, donde Rocío supo ganar el dinero a manos llenas para satisfacer las deudas y vicios de su amante...

* * *

Desde el muelle se dirigió Rocío a la estación del ferrocarril. Una hora después salía un tren para Panamá, la capital de la República, al otro extremo del Canal, en el Pacífico. Un gozo inaudito le invadía el alma. Se sentía libre, dueña de sí misma y de su destino, llena de fe en sus propósitos.

Al entrar en el vagón no pudo contener un grito:

—¡San Mauricio!

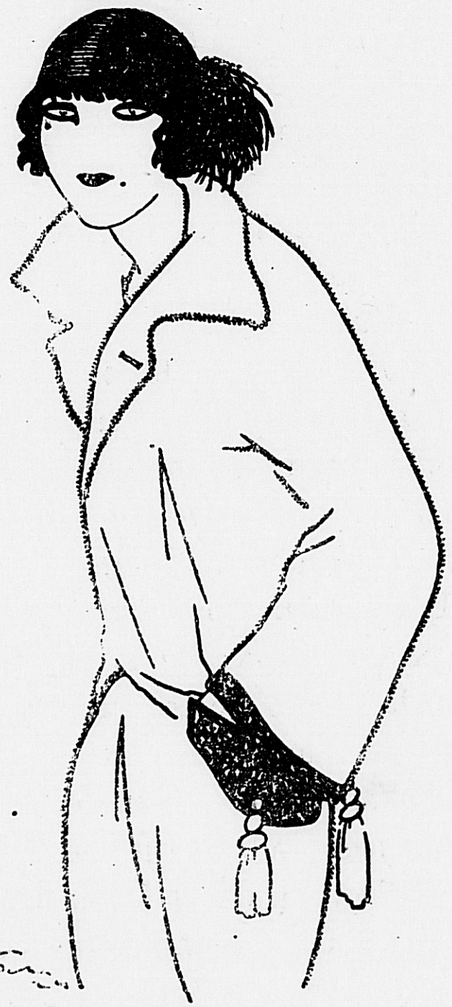
El conde de San Mauricio se levantó sorprendido de su asiento, y exclamó:

—¡Rocío! ¡Muchacha! ¿Qué haces aquí?

La Pilares, sin disimular su alborozo, le echó ambos brazos al cuello.

—¡Qué suerte la mía! A Panamá iba en busca de usted.

El conde de San Mauricio era un aristócrata español de desdichada historia. De la más rancia nobleza asturiana, casado y padre de varios hijos, rico y con una brillante posición política, cayó un día, ya en las lindes de la senectud, en las redes que le tendió una actriz mediocre e intrigante, pero de maravillosa hermosura. Arruinado al poco tiempo, tras ella se fué a América, cometiendo irregularidades de tal género que le impidieron luego regresar a la Península. Abandonado, finalmente, por la causante de su locura, que huyó con el apuntador de la compañía, el conde de San Mauricio, después de recorrer a la ventura varias Repúblicas, se estableció definitivamente en Panamá, y allí llevaba varios años en espera de que se arreglasen sus cosas en España, de



uno del cuyos Gobiernos había conseguido el nombramiento de cónsul honorario para la República del Canal.

—¿No salía esta mañana el "Buenos Aires"? ¿Y *el Pilares* y su cuadrilla?—preguntó el conde, sin explicarse aún aquel encuentro con la hermosa andaluza.

—El "Buenos Aires", con todos ellos, está ya muy lejos de aquí, San Mauricio—contestó Rocío.

—¿Y tú?

Rocío se lo contó todo.

—Anteayer, cuando le vimos a usted en Panamá, estuve tentada de descubrirle mi plan. Pero tuve miedo y, además, no se presentó la ocasión. Me he separado de ese hombre para siempre. No sabe usted lo canalla que es. Vaya con Dios y que se olvide hasta del santo de mi nombre, como yo no pienso acordarme más de que existe.

—Bueno, mujer. Cuando tú lo has hecho, tus razones tendrás, que no eres ya ninguna niña. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—A eso iba a Panamá, en busca de usted. Necesito su ayuda. Quiero volverme a Lima.

—¿Y qué vas a hacer tú en Lima?—pre-

guntó, cada vez más sorprendido, el conde de San Mauricio—. Si quisieras regresar a España, lo comprendería; pero ¿a Lima?

Rocío, involuntariamente, hizo un mohín despreciativo.

—¿Que qué voy a hacer yo en Lima? ¿Y me lo pregunta usted, teniéndome delante?... A ganar dinero, San Mauricio; a ganar todo el dinero que pueda durante un par de años. Y luego a Málaga, a vivir tranquila al lado de mi madrecita de mi alma.

Como no respondiera nada el conde de San Mauricio, Rocío prosiguió:

—Por ese mal hombre he vendido yo mi cuerpo muchas veces antes de ahora. ¡Bien sabe Dios con cuánta repugnancia! Pues ahora será por mí y para mí. Nada me asusta ya. Explotaré mi belleza y la lujuria de los hombres. Pienso seguir tan honrada como lo he sido hasta aquí. En mí no habrá engaño. Daré lo que tengo y lo cobraré en lo que vale. No tengo más que una ambición: reunir cuanto antes unos miles de pesetas y volverme a España. ¡Por mi madre, que tanto ha sufrido por mi causa y que es lo único que quiero en este mundo! En Lima lo

conseguiré pronto; me conocen mucho, tengo buenos amigos, han sido muchos los hombres ricos que allí me han deseado. Para eso necesito su ayuda, San Mauricio. No tengo un céntimo. Me he ido de *el Pilares* sin llevarme nada suyo. Hasta las alhajas que tenía se las he dejado a bordo. Me parecía que así me desligaba mejor para siempre de él. ¡Ni el recuerdo quiero de ese hombre!

El conde de San Mauricio, conmovido, estrechó entre las suyas una de las manos de Rocío.

—Bueno, mujer; tendrás el pasaje hasta Lima. Vámonos ahora a Panamá, que allí lo arreglaremos todo. Y hasta un viático te daré para el viaje, que al fin y al cabo eres española y yo soy el cónsul de España.

Rocío, inclinando su cuerpo, los ojos centelleantes de alegría, le dijo al oído al viejo aristócrata:

—Los días que esté en Panamá, ya lo sabe usted: **seré su querida.**

San Mauricio la reconvino con una mirada de comprensiva ternura.

—Mal empiezas—la dijo—; tú vales mucho más que la miseria que yo voy a darte.

Tienes que aprender a cotizarte mejor si te quieres salir pronto con la tuya. ¿Lo entiendes?... ¡Pues no lo olvides.

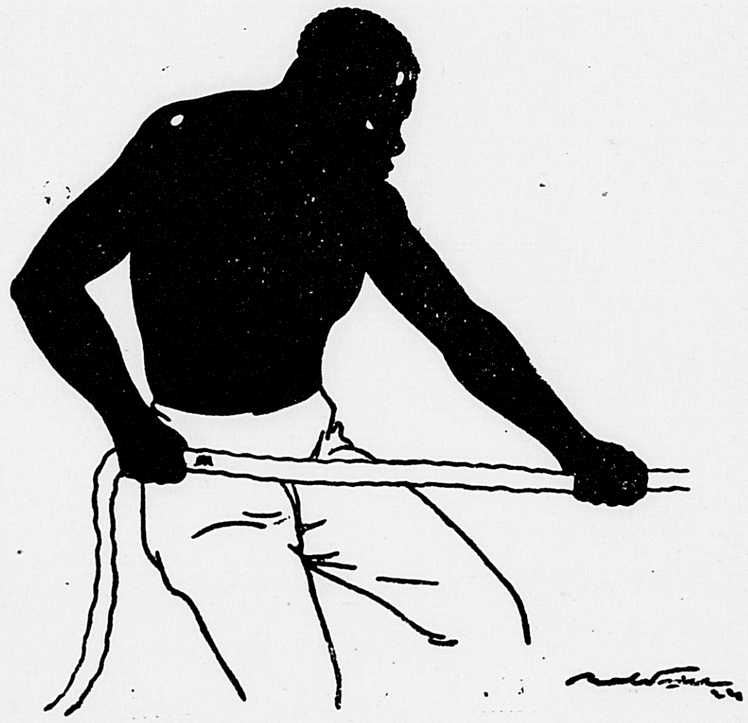
* * *

En el puerto colombiano de Buenaventura hizo escala el vapor chileno, blanco y esbelto como un yate; una abigarrada multitud de indios y negros vendedores de frutas subió a bordo. Uno de ellos, un rapazuelo de tez de azabache y mirada de fuego, descubriendo a *la Pilares,* se le acercó con ruidosas muestras de regocijo:

—¡Amita *Pilares!*—exclamó, parándose ante ella, casi en cuclillas, los ojos muy abiertos, mostrando al reírse sus brillantes dientes de marfil.

Rocío lo reconoció en seguida. Era el negrito Antonio, un muchacho de Buenaventura, que subía a todos los buques con su cesta de paltas, mangos, chirimoyas y sandías. Lo conocía de travesías anteriores. No

hacía una semana, yendo hacia Panamá con *el Pilares* y su cuadrilla, lo había visto por última vez. Antoñito era amigo de todos los toreros españoles que pasaban por Buena-



ventura camino del Perú o de regreso al Atlántico. Eran sus ídolos; hablando con ellos, preguntándoles por las corridas que habían toreado en España o en Lima, Antoñito se olvidaba de todo, hasta de la venta de sus

frutas. Su sueño, su aspiración era la de ser torero también.

—¿Y los toreros?—le preguntó a Rocío.

—Siguieron para Venezuela. Ya deben estar en Caracas.

—¿Y tú? ¿No ibas tú siempre con ellos? ¿No era tu novio el "mataor"?

—Ya no lo es, Antoñito. Yo me vuelvo a Lima.

—¡Lima!—suspiró el negrito—. ¡Si yo pudiera irme contigo a Lima! ¡Allí me haría yo un gran torero!

Impremeditadamente dijo Rocío echándose a reír:

—¡Pues vente conmigo!

El negrito se puso muy serio y la miró lleno de asombro.

—¿Me pagarás tú el pasaje, amita?

—Sí.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Antoñito cogió su cesta de frutas y la tiró por la borda. Luego se puso a dar grandes saltos y gritos de júbilo.

Rocío le dijo:

—Antoñito, escúchame bien. Te voy a llevar hasta Lima; vivirás allí conmigo, en

mi casa; te haré amigo de toreros, ganaderos y empresarios, para que aprendas todo lo que te hace falta y puedas ser un buen torero el día de mañana. Pero mientras ese día llega y yo necesite de ti, tú estarás a mi servicio y harás lo que te mande. ¿Te enteras bien de lo que quiero decir? ¿Aceptas?

El rapaz se echó de rodillas a los pies de Rocío, los ojos llenos de lágrimas:

—¡Lo que tú quieras, amita *Pilares!* Tú mandarás y yo obedeceré. Si me pides que mate, mataré. No tengas miedo, amita *Pilares*. Haré todo lo que tú quieras. Seré tu criado mientras viva.

—Bueno. Pero no me llames "amita *Pilares*", ¿sabes? Yo ya no soy *la Pilares*. Llámame amita Rocío.

* * *

La carta de Málaga, firmada por su tía Remedios, prima carnal de su madre, estuvo a punto de trastornar el juicio de Rocío. No

pudo terminar de leerla. No era posible tanta maldad, no podía ser cierta tamaña desventura. Por lo que de aquella carta se desprendía—respuesta a la primera que Rocío le había escrito a su madre después de su llegada a Lima—, *el Pilares,* despechado por la fuga de su amante y comprendiendo que la había perdido para siempre, decidió vengarse. Y con feroz instinto, tal vez presintiendo lo que había de ocurrir y seguro de herirla en lo más vivo de su alma, apenas desembarcó en Caracas, la dirigió a la señora Trinidad, la madre de Rocío, un cablegrama concebido en estos términos, que sólo un satánico espíritu pudo inspirarle: "Estoy desesperado; su hija, mi querida Rocío, murió enferma de peste bubónica, de la muerte más horrible, el día 13 de este mes, en el Callao, cuando nos disponíamos a embarcar para Venezuela camino de España. La acompaño en su sentimiento.—*Manuel Pavón.*" Tan fuerte fué la impresión que le produjo a la señora Trinidad la noticia de la muerte de su hija, cuando contaba los días esperando su regreso, que su débil corazón, muy enfermo desde hacía años, no

pudo resistirla. Como herida por un rayo, cayó muerta instantáneamente con el cablegrama entre los dedos. La carta de Rocío, recibida en Málaga dos meses después de ocurrida la muerte de la señora Trinidad, contándole a su madre lo que había hecho y sus planes y esperanzas para lo futuro, "verás que pronto pasa el tiempo—le decía—y lo felices que vamos a ser las dos juntitas, sin depender más de ese mal hombre", coincidió con la vuelta a Málaga del torero cordobés. Remedios, la tía de Rocío, llena de horror al descubrir toda la maldad de *el Pilares,* verdadero "asesino" de su prima Trinidad, que tan buena había sido siempre para aquel canalla, fué en su busca y le echó en cara su crimen. Manuel Pavón se encogió de hombros. "No me arrepiento—le dijo—; me salió como yo pensé. A mí no se me juegan impunemente esas partidas serranas. Tenía que vengarme y me vengué. Deje usted que se entere Rocío de la muerte de su madre y que ha sido por mi causa. Verá usted cómo se arrepiente de la "charraná" que hizo conmigo. ¡La muy perra! Pero ya tiene lo suyo. ¿Qué se había

"figurao" aquella hija de mala madre? El que se la hace a Manuel Pavón, se la paga."

Largo tiempo vivió Rocío bajo la influencia de una horrenda pesadilla, obstinada en no creer la verdad de su desgracia. No podía ser. Su "madrecita", el único asidero que a ella le quedaba en la vida, no podía haber muerto de aquella manera, asesinada tan cruelmente a mansalva. Por muy desalmado que fuese *el Pilares,* no era posible que hubiese llegado a semejante extremo su ferocidad. Rocío llegó a creer que aquella carta no era de su tía Remedios. El propio *Pilares* se la habría hecho escribir a alguien—no habría ni que fingir la letra, porque la tía Remedios no sabía escribir—con el solo objeto de vengarse, sabiendo el dolor que aquella noticia le habría de producir a Rocío. De esto sí que era capaz el miserable; pero de lo otro, no. De sobra sabía él lo delicada que estaba la señora Trinidad y los fatales efectos que un cablegrama como aquél habría de acarrearle. Y con esta esperanza, baluarte de su obsesión, escribió de nuevo a Málaga, a su tía Remedios y al marido de ésta, por separado. Siglos fueron los

dos meses que transcurrieron hasta llegar la respuesta confirmándolo todo.

El primer propósito de Rocío, vencida por fin la postración espiritual en que vivió hundida durante algún tiempo, fué el de regresar inmediatamente a España para matar a su antiguo amante.

—No; tú, no, amita Rocío—le decía su fiel negrito Antonio—; yo lo mataré. Deja, que no es preciso que vayamos a España. Pronto van a empezar las corridas otra vez. *El Pilares* viene también a Lima esta temporada. Me lo ha dicho el empresario, amita Rocío. Yo lo esperaré en el Callao y lo mataré en cuanto desembarque...

Un odio terrible fué envenenando poco a poco el corazón de Rocío. La muerte de *el Pilares* no bastaría para satisfacer sus deseos de venganza. Y en lo más sombrío de su corazón, las negras arañas del odio fueron urdiendo, con implacable constancia, los más crueles propósitos.

Aquel año no fué a Lima *el Pilares*. Una cogida de gravedad, sufrida en Madrid a fines de temporada, le impedía cumplir sus contratos de América. Rocío, que no sosegó

hasta que supo a Manuel fuera de peligro—una promesa le hizo a la Virgen de la Trinidad para que le salvase la vida—, se alegró de aquella ausencia, favorable a sus planes de venganza.

Que pasase el tiempo y se olvidase el torero de su mala acción. Y si había llegado a sentir remordimientos, que se le borrasen, creyendo en su perdón, con el silencio de Rocío. Ella sí que no olvidaría jamás, preparando su golpe día por día, para asestarlo en el momento propicio. No viviría ya más que para la venganza, agazapada en las rojas tinieblas de su rencor.

—Una hija tienes, Manuel—murmuraba frecuentemente en sus soliloquios Rocío—; una hija que es la luz de tus ojos, el único rayo de sol que entra en tu corazón de fiera maldita. Pronto será mujer tu hija, Manuel. Cuando más orgulloso estés de ella, cuando más seguro estés de su felicidad, yo la destruiré, haciendo de ella lo que tú has hecho de mí. Yo arrancaré esa flor de su tallo y la arrojaré a los mismos muladares en los que tú me has hundido.

* * *

Al salir del Casino Español, Augusto avanzó por la calle principal de Iquique con dirección a la playa. Caía la tarde y el mar se teñía de un violeta profundo. En la arena de los médanos, palpitantes como senos de mujer, había un temblor de turquesas y zafiros. Por la escarpada vertiente de la cordillera, que recortaba sus crestas en el azul del cielo con contornos violáceos y amarillos, el zigzag temerario del "Camino del Godo" ascendía hacia el secreto dantesco de la Pampa salitrera. En el paseo que bordea la orilla del mar, unas raquíticas palmeras y unas pobres matas de geranios, orgullo de la ciudad, que carecía de agua y donde no llovía nunca, agonizaban de sed. En el mar, sobre los arrecifes cercanos a la playa, gaviotas alcatraces y procelarias disputaban con lobos marinos y pingüinos en loca algarabía.

Cuando iba a sentarse en uno de los bancos del paseo, *Bonarillo,* el famoso torero sevillano, caduco ya y a la sazón conserje del Casino Español de Iquique, que salía del lacustre "Chalet Suizo", se acercó a Augusto.

—¿Qué? ¿Arregló usted eso, compañero?—le preguntó, sentándose junto a él.

Augusto Trillo levantó los ojos y miró al viejo lidiador sin responder.

—Está visto—dijo luego con acento sombrío—que al llegar a Iquique me metí en un pozo sin fondo del que no volveré a salir nunca. Primero recorrí toda la Pampa; las "oficinas" están paradas casi todas y no hay trabajo en ningún sitio. En los periodicuchos locales se me han cerrado todas las puertas. El cónsul dice que ha agotado todos los recursos y se niega a proporcionarme el pasaje para Lima que le pido. La colonia española se desentiende de mí. A los señores del Casino les había propuesto dar unas conferencias. En las condiciones que ellos hubiesen querido. Yo no pretendía sacar con ellas más dinero que el necesario para proseguir mi viaje hasta el Perú. Soy escritor y "conferencista" conocido. He pronunciado conferencias en todo Chile. En Santiago, en Valparaíso, en Concepción, en Punta Arenas, en Antofagasta. He sido redactor de "El Correo Español" de Santiago; he dirigido un periódico en Punta Arenas. Pues

bien: esta tarde se ha reunido la Junta del Casino y ha denegado mi petición. ¡Miserables, bandidos!

—No lo crea usted; es buena gente—dijo el sevillano, quitándose la gorra para secar el sudor que le bañaba la frente y poner en orden con amoroso cuidado el anacronismo de sus blancos y rizosos tufos—. Son buenos y generosos. No conozco en toda América colonia española más honrada y desprendida. Pocos son, pero muy unidos y muy patriotas. Lo que pasa, compañero, es que están sin un peso. Desde que se acabó la guerra en Europa no se exporta un solo saco de salitre. Durante la época de las vacas gordas ganaron el oro a manos llenas. No fueron precavidos, especularon más de la cuenta, y cuando se agotó el filón de la guerra fué un salto mortal de la opulencia a la ruina. Así está todo Chile. Y lo mismo pasa con la Argentina, que no vende ni un carnero; y con el Perú, que no exporta ni un capullo de algodón; y con Cuba, que tiene que quemar sus plantaciones de caña, porque está por los suelos el azúcar... El mismo cantar por toda América, compañero. Ya se



lo he dicho a usted: esto es la ruina. Sin andar más lejos, aquí me tiene usted a mí. Me retiré de los toros porque los muchos años que uno tiene no pueden ya con ellos, y me acogí a ese destinillo de conserje en el Casino. ¡Mi buena "plata" gané en los días prósperos! ¡Y con qué facilidad! Aquello era una bendición de Dios. Pero, amigo, ha venido la contraria y hoy lo paso muy mal. Tan mal que a los toros me vuelvo. En cuanto empiece la temporada me voy a La Paz a torear unas corridas. Y cuidado que a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y con el ahogo de la maldita "puna", no se puede correr delante de los toros, aunque sean elefantes; que se le sale a uno el corazón por la boca en cuanto da dos saltos, y por huírle a los cuernos se queda uno en el redondel muerto de asfixia...

Augusto Trillo, como si no hubiese sido con él la larga retahila del veterano matador, prietos los puños y centelleante la mirada, exclamó con sorda ira:

—¡Canallas! ¡Ruines! ¡Con los cuatro pesos que yo necesito para salir de aquí y no

volverme a acordar más de ellos ni de Iquique en toda mi vida!

—¡Está muy bien, compañero! —dijo *Bonarillo,* conciliador—. Es verdad que usted no tiene la culpa. Pero mire usted, y téngalo en cuenta: están muy escamados los pobres. Están hartos de socorrer y de dejarse engañar todos los días. Que pasan por aquí muchos "sinvergüenzas" y muchos granujas, que con el "aquel" de ser españoles se creen con derecho a todo. Que si toreros, que si escritores, que si cómicos, que si cupletistas, que si títulos de Castilla arruinados, que si "conferencistas"... ¡Le aseguro a usted que se descuelga por aquí cada compatriota! ¡"Camará", yo no sé de dónde salen! Y todos con las mismas pretensiones: que les den de comer bien durante unos días, que les llenen la bolsa, y encima un pasaje de primera de lujo para Lima o Valparaíso, según el rumbo. Yo no lo digo por usted, ¡entendámonos! Que usted tiene cara de persona bien nacida y a la legua se ve que es usted un hombre muy sabido. Para mí que es usted capaz de dar conferencias como los propios ángeles. ¡Pero está muy cansada esta gente

de soltar la guita! ¡Que es mucho moler ya, señor! Y que en la mayoría de los casos resulta luego que no son nada de lo que dicen: ni cómicos, ni toreros, ni escritores, ni marqueses, ni cupletistas, ni "na": sino unos pillos redomados y unos timadores de la peor ralea. Y, encima, unos desagradecidos. Ya ve usted; ni un mes hace todavía que vino a parar aquí, como si se hubiese caído de la luna, el pícaro más "descastao" que he conocido yo en todos los días de mi vida. Paisano mío era, de Sevilla. Telmo Rubio se llamaba, y un "postín" se traía el hijo de mi alma, de literato y de orador, que no había quien lo aguantase. Se le abrieron las puertas del Casino para que diese unas conferencias de pago. No pasó de la primera, eso sí; porque empezó pegando tales gritos y a decir tantas barbaridades, que el presidente, convencido de que aquel "tío" era una mula, le cortó la palabra en seguida. Pues mire usted, a pesar de eso, se tuvo lástima de él y se le tomó un pasaje para Lima; se le pagó la fonda todos los días que estuvo aquí esperando vapor, y hasta se le dió algún dinerillo. ¿Y sabe usted qué pago nos

dió a todos el muy granuja? Pues meterse en un periódico de Lima con toda la colonia de Iquique, diciendo que éramos unos tales y unos cuales, más chilenos que españoles y los peores enemigos que el Perú tenía en Chile. ¿Qué le parece a usted?

—¡Pero yo no tengo nada que ver con gente de esa calaña!—contestó, indignado, Augusto Trillo—. ¡Y es muy triste que pague yo las culpas ajenas!

—Es verdad: es muy triste—aprobó el sevillano—. Pero así es la vida.

Callaron los dos. Por el paseo, con dirección a la ciudad, avanzaba un coche. El viejo torero, reconociendo a la mujer que iba en él, le llamó la atención a Augusto Trillo.

—Mire usted qué hembra, compañero—le dijo.

Augusto levantó los ojos. En efecto; era una bellísima mujer. Venía al paso el caballo, y pudo observarla a su sabor. Blanca, muy roja la boca, negro el pelo, unos ojos garzos muy grandes y de soberana apostura. Vestía con exquisita elegancia y tenía todo el porte de una cortesana digna de Buenos Aires o de París.

—Es guapa de veras—murmuró.

—¿Guapa nada más?—exclamó el viejo *Bonarillo,* lleno de entusiasmo—. ¡Esa es la mujer más divina que hay bajo el sol!

No había hecho más que pasar el coche cuando, levantándose de pronto el sevillano y poniendo sus dos manos sobre los hombros de Augusto Trillo, le dijo con la vehemencia de una repentina y feliz inspiración:

—¡Esa mujer le va a salvar a usted!

Augusto Trillo le miró asombrado.

—Lo que usted oye—siguió el torero—; esa mujer le va a salvar a usted. ¡La "chipén", compañero!

Y antes de que su compatriota, que ya esbozaba una amarga sonrisa de incredulidad, pudiese hablar, le preguntó rápido:

—¿La conoce usted?

—No. No sé quién es.

—¿Ni le han hablado a usted de ella en los días que lleva en Iquique? ¿De veras que no sabe usted quién es Rocío, *la Pilares?*

—No. ¿Qué me importa a mí esa mujer?

—¿Que si le importa? ¡Vaya si le importa! Rocío, *la Pilares,* va a ser quien le saque

a usted de este apuro. Como a mí me llaman *Bonarillo.*

Y, sentándose de nuevo junto a Augusto, le contó: —Rocío, *la Pilares,* era española, gaditana de nacimiento, pero criada en Málaga. En Iquique la llamaban "la godita", del mismo modo que llaman "godos" en todo Chile a los españoles, "gachupines" en Méjico y "gallegos" en la Argentina. El mote de *la Pilares* le venía de haber sido amante durante varios años del *Pilares,* el gran torero de Córdoba. Rocío, además de hermosa como ninguna otra mujer del planeta, con un "ángel" que se adueñaba en el acto de todas las simpatías, era inteligente y buena. Y tan discreta que, a pesar de lo que era y de cómo se ganaba la vida, no se podía decir ni tanto así de su conducta. Era muy señora y muy digna, y sabía hacerse respetar. En lugar de ser un motivo de vergüenza para la colonia española, era su granito de sal y hasta su orgullo. Todos la querían y mimaban como cosa propia, aunque fuese desde lejos y sin rozarse con ella. Nunca le faltó una ayuda ni un buen consejo cuando lo necesitó. Hasta los más sesudos compatrio-

—Es guapa de veras—murmuró.

—¿Guapa nada más?—exclamó el viejo *Bonarillo,* lleno de entusiasmo—. ¡Esa es la mujer más divina que hay bajo el sol!

No había hecho más que pasar el coche cuando, levantándose de pronto el sevillano y poniendo sus dos manos sobre los hombros de Augusto Trillo, le dijo con la vehemencia de una repentina y feliz inspiración:

—¡Esa mujer le va a salvar a usted!

Augusto Trillo le miró asombrado.

—Lo que usted oye—siguió el torero—; esa mujer le va a salvar a usted. ¡La "chipén", compañero!

Y antes de que su compatriota, que ya esbozaba una amarga sonrisa de incredulidad, pudiese hablar, le preguntó rápido:

—¿La conoce usted?

—No. No sé quién es.

—¿Ni le han hablado a usted de ella en los días que lleva en Iquique? ¿De veras que no sabe usted quién es Rocío, *la Pilares?*

—No. ¿Qué me importa a mí esa mujer?

—¿Que si le importa? ¡Vaya si le importa! Rocío, *la Pilares,* va a ser quien le saque

a usted de este apuro. Como a mí me llaman *Bonarillo.*

Y, sentándose de nuevo junto a Augusto, le contó: —Rocío, *la Pilares,* era española, gaditana de nacimiento, pero criada en Málaga. En Iquique la llamaban "la godita", del mismo modo que llaman "godos" en todo Chile a los españoles, "gachupines" en Méjico y "gallegos" en la Argentina. El mote de *la Pilares* le venía de haber sido amante durante varios años del *Pilares,* el gran torero de Córdoba. Rocío, además de hermosa como ninguna otra mujer del planeta, con un "ángel" que se adueñaba en el acto de todas las simpatías, era inteligente y buena. Y tan discreta que, a pesar de lo que era y de cómo se ganaba la vida, no se podía decir ni tanto así de su conducta. Era muy señora y muy digna, y sabía hacerse respetar. En lugar de ser un motivo de vergüenza para la colonia española, era su granito de sal y hasta su orgullo. Todos la querían y mimaban como cosa propia, aunque fuese desde lejos y sin rozarse con ella. Nunca le faltó una ayuda ni un buen consejo cuando lo necesitó. Hasta los más sesudos compatrio-

tas de la colonia iban a verla sin grandes misterios de vez en cuando, tan sólo por pasar un rato con ella, a interesarse por su vida y a alegrarse con la repajolera gracia que Dios le había dado y con aquella garganta de ruiseñor que tenía, que era gloria pura cuando se arrancaba por lo "hondo", con un "sentimiento" que derretía los corazones y ponía lágrimas en los ojos de todo aquel que la oía.

Le digo a usted, compañero—siguió *Bonarillo*, terminando su exaltado panegírico—, que otra mujer como ésa no la encuentra usted, aunque le dé la vuelta al mundo.

—Y aunque así sea—dijo Augusto Trillo impaciente—, hasta ahora no veo qué relación pueda tener esa "flamenca" con el apuro en que yo estoy metido.

—A eso iba, hombre—contestó el viejo torero—. *La Pilares* es rica; ha ganado mucho dinero y ha sabido guardarlo. Y es tan generosa, que nadie que se acerque a ella se va con las manos vacías. Yo le hablaré por usted; me quiere como a un padre, y no sa-

brá negármelo. Cuente usted ya con esos pesos para llegar hasta Lima.

—¡Eso me faltaba, hombre!—dijo Augusto Trillo, desdeñoso, incorporándose—. ¡Que acabe yo en "chulo" de una prostituta!

—¡Pare usted la jaca, amigo!—respondió, muy ofendido, el sevillano—. Rocío no es eso que usted dice. Ya le he dicho que aquí la respetamos y queremos todos. De lo que se trata en este caso es de que ella, que es generosa y lo puede, le ayude a usted. Y entiéndalo bien: de Rocío, *la Pilares,* se puede recibir hasta la misma absolución. ¿Estamos?

* * *

Augusto Trillo había nacido en Valladolid hacía veinticinco años, en una vieja casona sombría y destartalada. Hasta los cinco años se crió en un pueblecillo de la provincia, en poder de una familia de rústicos, cargada de hijos y de miseria. Su nodriza, una mujer tan seca de alma como de pechos,

sin más interés que el de los doce duros que todos los meses mandaba desde Valladolid el padre de Augusto, no tuvo nunca para el rapaz más que malos tratos y el peor de los abandonos. Sus hermanos de leche, todos mayores que él, le aborrecían como a un intruso y le golpeaban con ensañamiento por la menor cosa. Hambriento siempre, enfermo a menudo, rodando como una inmundicia más por los muladares del pueblo, sólo merced a su robusta constitución física medró y salió adelante el muchacho. Cuando volvió a Valladolid, Augusto, que no sabía lo que era una caricia ni había saboreado nunca la miel de una palabra buena, era un animalillo salvaje.

Su padre lo recibió fríamente, con una mirada de repugnancia. Lo entregó a su ama de llaves, una vieja corcobada y rencorosa, disponiendo que ingresara en una de las escuelas municipales de la ciudad. De su madre no supo nada, y durante unos años creyó que había muerto al venir él al mundo. Más tarde se enteró de que vivía, no sabía dónde, separada para siempre de su padre por una infranqueable barrera de odio. Lo

único que pudo poner en claro fué que no era de Valladolid, ni siquiera española. Algunas veces, a medida que sus ojos pueriles iban penetrando en los secretos de la vida, sintió vagamente la nostalgia de la ternura maternal. Cierto día, habiéndose caído en la calle y herido en la frente con un guijarro, una señora que pasaba se acercó a él, restañó su sangre, lo besó y trató de consolarlo con unas palabras muy dulces. Augusto pensó entonces con honda ansiedad en aquella madre suya que no conocía y que estaba tan lejos de él, no sabía dónde; se abrazó fuertemente a la señora que lo acariciaba y, preso de una gran congoja, estalló en sollozos y en llanto. Pero poco a poco se fué apagando aquella luz en su alma.

El padre de Augusto, don Anselmo, era un hombre alto, enjuto y cetrino, de ojos hundidos y torvos. No hablaba apenas, y cuando se veía obligado a hacerlo para dar una orden, empleaba muy pocas palabras, con un tono seco y áspero. Misántropo impenitente, por no tener amigos, ni libros leía. Levantábase con el alba en todo tiempo, e invariablemente se iba a dar grandes paseos

por las afueras de la población, siempre hosco y solitario. Las gentes, ni aun aquellas que le conocían, no se atrevían a saludarlo. Más que respeto, infundía miedo; y había mujeres y niños que sentían hacia él un terror supersticioso. Después del almuerzo, que era en extremo frugal, volvía de nuevo a sus largas caminatas hasta que entraba la noche. Tomaba un ligero refrigerio, y sin cruzar una sola palabra con la vieja fámula ni interesarse por su hijo, que se pasaba los días enteros y aun los meses sin ver a su padre, se retiraba a descansar. En la tétrica casona no entraba más visita que la de una hermana de don Anselmo, doña Ramona, una vieja fofa y ruidosa, con ojos saltones y ademanes trágicos, que venía siempre contando, con exaltación de iluminada, la mística visión que había tenido durante el sueño en la pasada noche. Don Anselmo no la escuchaba siquiera, y si se hallaba en casa cuando ella venía, marchábase en el acto con cualquier pretexto. Doña Ramona, entonces, se iba a la cocina y le refería sus éxtasis al ama de llaves. Esta, que la odiaba con toda su alma, se mofaba de ella durante un rato, y a em-

pellones y gritos terminaba por ponerla en la calle. No se iba doña Ramona sin pegarle antes unos pellizcos y unos azotes a su sobrino, si se lo encontraba en la cocina o en alguno de los pasillos de la casa. Gruñía el chiquillo, más de ira que de dolor, y apretando sus poderosos dientes de lobezno huía a la calle. Un día supo Augusto que la tía Ramona, loca de atar, había sido recluída en un manicomio. La rencorosa ama de llaves le dijo en aquella ocasión: "Así acabó tu tío Pedro, y así acabará tu padre, y así acabarás tú también, retoño de mala casta."

A los once años empezó Augusto a estudiar el bachillerato. Era el más despierto e inteligente de todos los alumnos del Instituto. Sin un amigo entre sus camaradas, con los que rehuía todo juego y trato, iba creciendo en una hosca soledad. Los profesores se hacían lenguas de su memoria y gran capacidad para todos los estudios, pero ninguno lo quería ni miraba con buenos ojos. Augusto, además de frío y reconcentrado, era díscolo y hostil, violento y de crueles instintos. Había en su mirada, dura y penetrante como un acero, que los demás chicos temían

como la de un enemigo, un extraño fulgor demoníaco, como si procediese de un espíritu ya viejo, envenenado por largos y mortales afanes de venganza.

La pasión de Augusto eran sus libros. Para todas las materias sentía gran avidez; y con la misma voluntad se aplicaba a la resolución de un teorema matemático, que a la comprensión de la más intrincada regla de sintaxis. Pero sus libros predilectos eran los que trataban de Geografía o de Historia. Especialmente de Geografía. Se pasaba las horas enteras absorto ante los mapas de su Atlas, recorriendo con el pensamiento, a lomos del potro de su fantasía, que era un enloquecido pegaso, todos los caminos del mundo; navegando por ignotos mares y ríos; conviviendo con las razas más extrañas en los más remotos países, en una vida errante, llena de fabulosas aventuras; y hasta volando por las encendidas rutas siderales, tachonadas de ígneos astros de oro. Todas las horas que tenía libres, y aun muchas que robaba al estudio, las consumía en la Biblioteca Municipal leyendo con febriciente afán las obras de Ju-

lio Verne y Mayne Reid, y cuantos libros de viajes caían en sus manos.

Poco a poco se fué apoderando de su ánimo un ansia viajera irreprimible, que le obsesionaba continuamente como un deseo frenético y le despertaba a menudo durante el sueño con grandes sobresaltos. ¡Marcharse a correr mundo, muy lejos, cada vez más lejos, sin parar nunca! El odio que sentía por todo lo que le rodeaba—su padre y su casona en primer término—avivaba la hoguera de su delirio. Poco duró la incertidumbre. Un día, apenas cumplidos los catorce años y cuando regresaba del Instituto de examinarse de la última asignatura del cuarto, esperó a que durmiesen su padre y la vieja doméstica, y sin otro hatillo al hombro que el de sus locas ansiedades, se salió de la casona con ánimo de no volver nunca más a ella. Se guareció, más que durmió, durante la noche en una era cercana a la ciudad, y al día siguiente, antes de que despuntase la aurora, se lanzó a pie por la carretera de Asturias adelante.

Por el mismo camino y a pie también, volvía Augusto a Valladolid a los tres meses

escasos. La primera prueba había sido muy dura y había podido más que él. Reducido por el hambre y la fatiga, descalzo y desnudo ya al poco tiempo, el instinto de conservación le forzó a regresar a la casona paterna. Pero no vencido definitivamente; todo lo contrario: con el propósito de prepararse mejor para una nueva salida en cuanto se presentase la ocasión propicia. Don Anselmo no se dió por enterado de la llegada de su hijo. Para él, como si no hubiese faltado un solo día de casa durante todo aquel tiempo. La vieja bruja del ama de llaves sí le recibió con agrias palabras de reconvención. No por la evasión, sino por el retorno.—Creí que te habías muerto por ahí, condenado—le dijo—; no lo ha querido Dios para castigo nuestro.

Al año siguiente, de igual modo después de sus exámenes en el Instituto, Augusto se escapó de nuevo. Errante durante unos meses por los caminos andaluces, viviendo de rapiñas y limosnas, fué a parar a Sevilla, donde pasó todo el invierno, con frecuentes excursiones por los pueblos de la provincia, en perfecto vagabundo gorkiano. De piernas

de acero, fuerte como un joven roble y sobrio por temperamento, lo poco que necesitaba para sustentarse se lo agenciaba fácilmente. Rehuía el trabajo siempre que podía, más que por holgazanería por la esclavitud que representaba y el trato a que le forzaba con las gentes. El trabajo, por otra parte, obligándole a un rudo esfuerzo, destruía la serenidad de su vida interior, toda contemplación. Su inquietud de nómada no era más que la dinámica de su espíritu contemplativo; la que le proporcionaba los paisajes y las sensaciones que iban desfilando, como por una pantalla, ante su espíritu extático, sólo vivo para contemplar. Nunca tuvo prisa por llegar de un sitio a otro; no caminaba por llegar, fija la esperanza en una meta, en un destino; caminar, para él, era vagar, ir al azar, guiado por los mismos caminos, sus hermanos, su único amor. El mayor placer de su vida errante lo hallaba Augusto en tenderse sobre los campos, panza al sol, o bajo el manto estrellado de la noche, y permanecer horas enteras en absoluta quietud, volviendo a ver lo que había dejado atrás y recreándose con la visión de lo que estaba por

venir. Así, más que al trabajo, cómitre odioso, recurría al buen corazón de campesinos y lugareños. El sabía que los peregrinos rusos, los que se pasan la vida de ciudad santa en ciudad santa, o yendo "de un mar a otro mar"—del Báltico al Negro y del Negro al Báltico, sin parar jamás—, reclaman no como una limosna, sino como un sagrado derecho, techo y comida por donde van pasando. No exigía él con tanto imperio como sus hermanos moscovitas el pan que necesitaba para sustentarse ni el cobijo donde guarecerse en las noches inclementes, que harta experiencia tenía de no ser españolas tan buenas costumbres; pero muy convencido de su derecho a pedir, y muy hábil en tocar la cuerda sensible de las almas caritativas, nunca sufrió de hambre ni de frío.

Así llegó Augusto Trillo un buen día a Cádiz, y quedó suspenso ante la inmensa maravilla del mar. Lo que no sintió en el Cantábrico cuando su primera evasión, muy tierno aún y temeroso de su propia osadía, se le reveló ante el Mediterráneo azul, lleno de tentaciones y de claridad. ¡Perderse por él, a merced de los vientos y las olas, oyendo la

voz de las sirenas, hasta dar con un país fabuloso, desconocido, por descubrir todavía! ¡Rutas esplendorosas de Oriente y de América, caminos de ensueño, llaves de arcanos maravillosos y de mundos magníficos!... En una taberna del puerto, del que no se había alejado desde su llegada a Cádiz, fascinado por el grandioso espectáculo del mar, conoció Augusto al contramaestre de un bergantín-goleta que zarpaba una semana después para el puerto de Alejandría, y consiguió ser admitido en su tripulación.

¡Qué amargos recuerdos guardaba Augusto de su viaje a Egipto! La larga travesía fué en extremo penosa y dura. Empleado en los más bajos y rudos menesteres de a bordo y tratado con feroz brutalidad por sus camaradas, todos, desde el capitán al último grumete, gente sin entrañas y de hábitos viles, cuando el barco llegó a Alejandría, Augusto, aprovechando la primera ocasión que se le presentó, huyó de él. Y, de una parte, acuciado por el temor a que descubriesen su fuga y lo buscasen por toda la ciudad hasta encontrarle, y de otra, por el proyecto, largamente acariciado, de llegar hasta las fa-

mosas Pirámides, que, como todo lo de Egipto y su historia, habían ejercido siempre sobre su espíritu una poderosa seducción, apenas orientado y guiándose por la corriente del Nilo, que él sabía había de conducirle hasta El Cairo, emprendió la marcha, tan lleno el corazón de gozoso ánimo, como desprovisto en absoluto de precaución y de posibles. ¡Ay, que no eran tan gratas y generosas como las risueñas márgenes del Guadalquivir aquellas otras riberas arenosas y desoladas, por las que se vertía hacia el mar el turbio y rojizo caudal del sagrado río! Extraviado a los cuatro días de andar incesante, bajo un sol de justicia, por entre las cenagosas dunas del laberíntico Delta, Augusto, exangüe por el cansancio y el hambre, que no lograba mitigar con las raíces de los juncos, cayó en un profundo sopor de agonía. Unos ingenieros ingleses que dieron con él, le salvaron la vida. Más de un mes luchó con la muerte en un hospital de Alejandría, hasta que, restablecido por fin, el cónsul de España le proporcionó los medios pará regresar a la Patria en un vapor holandés.

De nuevo volvió Augusto a la casona de

Valladolid, que le recibió con la misma fría hostilidad de siempre. Pero por muy poco tiempo: el necesario para reponer sus energías, renovar su guardarropa y descubrir el escondite donde su padre guardaba el dinero, mucho menos del que él había pensado. Y entonces desapareció definitivamente de Valladolid, para siempre ya. Un par de años después, durante los cuales merodeó por Cataluña y el sur de Francia, viviendo a la veñtura de Dios y de la Casualidad, su hada madrina, Augusto Trillo se embarcó en Barcelona para la América del Sur. De sus andanzas a través de aquellas Repúblicas se escribirá seguramente algún día la interesante historia, llena de extraordinarios sucesos y peregrinas aventuras. Baste por ahora saber que Augusto Trillo, de por sí huraño y solitario, sensual y cruel, se hizo taimado y audaz, maestro en toda suerte de fingimientos y felonías. Tenía corazón de reptil y ave de presa a la vez, hoguera de odios y avispero de malos instintos. Sin otro objeto su vida que el de andar constantemente, abrirse paso mundo adelante era para él tanto como ir rompiendo cadenas y, como una fie-

ra acosada que busca huída, no reparaba en los medios para conseguirlo. Para el amor, el hervoroso torrente de su sangre de fuego fué siempre lava destructora. Sólo el espectáculo de la Naturaleza, lejos de todo contacto humano, tenía para su alma dulces sonidos y bellas claridades, y la hacía vibrar en líricos fervores.

* * *

Augusto Trillo, a pesar de su indignación y de sus escrúpulos, accedió a que *Bonarillo* intercediese por él cerca de la cortesana andaluza. Y cuando, advertido por el viejo torero sevillano, fué a verla ya entrada la noche, *la Godita* lo acogió con estas palabras:

—Sé lo que le ocurre a usted. No se apure, que Dios aprieta, pero no ahoga. Siempre hay un ángel bueno que vela por nosotros. No seré yo ese ángel bueno para usted, porque soy el mismísimo demonio. Pero también el demonio hace buenos servicios en ocasio-

nes. Hoy es para mí uno de los días más felices de mi vida. Ya le diré luego por qué. No quiero tristezas a mi vera. Yo le sacaré a usted del atolladero. Pero con una sola condición; mejor dicho, con dos: primera, que usted no tendrá que agradecerme "na", pero lo que se dice "na", y segunda, que coja usted de ahí un "puñao" de billetes y lléveme a comer ahora mismo a Cabañas. Con todo el rumbo de un español castizo y èl que se merece una "personita" de mi "caliá". ¿Hace?

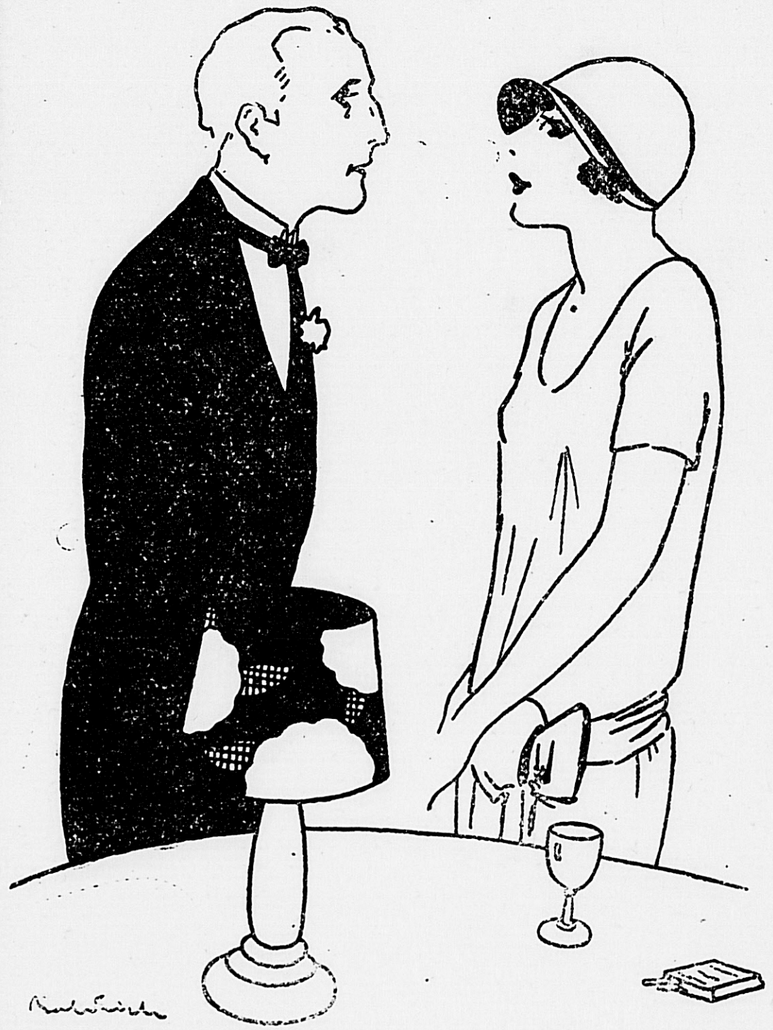
Y ante los ojos asombrados de Augusto Trillo, *la Pilares* desparramó un grueso fajo de billetes sobre la mesa.

—¡No se avergüence usted, hombre, que yo gano muy honradamente el dinero!—exclamó la malagueña, viendo titubear a Augusto Trillo—. Y ahora váyase en busca de un coche mientras yo me mudo de ropa. Me voy a poner los mejores trapitos que tengo: en honor de usted y para celebrar mi alegría. ¡Que es muy grande la que me llena el alma ahora mismo! ¡Virgencita de la Trinidad, por fin!

En un extremo de la playa, a poco más de

un kilómetro de la ciudad y al pie de un gigantesco médano que parecía de oro, se alzaba sobre unas rocas, que eran criadero de riquísimos mariscos, el restaurante de Cabañas, propiedad de un asturiano que entendía su negocio a maravilla. A la entrada había un vasto salón, donde se bailaba a los acordes de un bullanguero y castizo pianillo de manubrio. Luego seguía la "sala de los banquetes", donde se servían todos los ágapes de alguna transcendencia que se celebraban en Iquique, y, finalmente, un largo pasillo que se adentraba en el mar sobre postes de hierro, con sendos cenadores independientes a ambos lados, muy concurridos de noche por la gente alegre y amiga de divertirse.

En uno de esos cenadores se instalaron Rocío y Augusto Trillo. Durante la comida, que fué abundante en sabrosos manjares y en selectos vinos chilenos, dignos de competir con los mejores caldos de Francia y España, Augusto le fué contando a Rocío la historia de sus andanzas y milagros por el mundo. Cada vez más interesada por la vida del aventurero, que tanta semejanza tenía en



muchos pasajes con la suya, Rocío se fué dejando prender en el cálido verbo con que aquél la relataba y describía.

—No merecía usted ese feo que le han hecho los del Casino Español—exclamó la andaluza—. Si yo lo llego a saber antes, da usted sus conferencias. Pero ya no es preciso.

—Gracias a usted—contestó Augusto—; a usted, que tiene cara de ángel, y lo es. ¿Cómo le podré agradecer este favor mientras viva?

Rocío hizo un mohín de contrariedad, como reconviniéndole:

—¿No habíamos quedado en que no tendría nada que agradecerme? A ver si no se olvida. En cuanto a lo de ángel, ya cambiaría usted de parecer si me conociese un poquito.

—¡Qué más quisiera yo!—exclamó Augusto—. Le acabo de contar a usted mi vida. Si alguna confianza ha logrado inspirarle este desventurado trotamundos, ¿por qué no me cuenta usted a mí algo de la suya?

Rocío permaneció silenciosa unos momentos.

Augusto Trillo insistió:

—¿Qué alegría es esa de la que hablaba usted antes? Quisiera conocerla para hacérsela más grande, sintiéndola yo también con todas las veras de mi alma.

—Esta alegría mía—contestó *la Pilares*—ha de ser horror en los demás. Es una historia muy larga, una historia de dolor y de odio: toda mi vida. Se la contaré a usted, porque no me cabe en el pecho esta noche. No se asuste de lo que le diga, y olvídelo mañana cuando se separen otra vez nuestros caminos.

Y con su pintoresca palabra de andaluza, ágil y flexible, esmaltada a menudo con graciosos modismos peruanos y chilenos, ardiente y apasionada al remover los más hondos recuerdos, Rocío le fué refiriendo su vida a Augusto Trillo. Habían apagado la lámpara que se alzaba sobre la mesa, y sólo la luz de la luna, que caía sobre el mar como un chorro de plata derretida, iluminaba el cenador. El negro pelo de la bellísima hetaira brillaba como si fuera de azabache pulido. En sus ojos grandes y profundos había fulgores de amatista.

—Desde entonces no vivo más que para mi venganza. Todo se lo había perdonado yo a ese hombre, todo lo malo que había hecho conmigo: él me deshonró y me arrastró por el fango, envileciendo mi vida; él me humilló cuanto quiso, robándome la voluntad y el albedrío. Cuando quise salvarme, huyendo de su vera, lo hice sin rencor alguno, dispuesta a olvidar todo lo que por su causa había sufrido. ¡Bien lo sabe Dios que fué así! Mas para el asesino de mi madre no hay perdón posible en mi corazón. Mi madre era toda mi alegría, el ídolo de mi alma. Huérfana de padre desde muy niña, no había conocido otro cariño que el suyo. Por mí sacrificó ella su juventud, permaneciendo viuda; para que yo creciese como una flor escogida, se marchitaba ella en los más duros trabajos. ¡Pobre madrecita mía! ¡Qué mala fuí con ella! Pero yo era una chiquilla y no supe lo que hacía cuando me engañó *el Pilares*. Luego, sí lo supe, cuando ya fuí mujer. Y por ella, pensando sólo en ella, más por el tormento que era para ella mi vida, que por lo que yo sufría, decidí romper aquellas cadenas, soñando con restituírme a mi ma-

dre, libre e independiente otra vez, para indemnizarla, con una vejez feliz, de aquellos años horribles de vergüenza y de lágrimas. ¡Y entonces vino ese verdugo y le quitó traidoramente la vida! ¡No! ¡No me bastaba con la suya para castigar su crimen! Una hija tiene *el Pilares*, hermosa como yo lo fuí, y mocita ya, como lo era yo cuando vino ese bandolero a manchar mi honra con sus babas de víbora. Esa hija es su único cariño, la ilusión y la esperanza de su vida: ¡pues en ella, en su hija, he de herirle yo, con herida mortal, que no se le cierre mientras viva!...

Calló la mujer breves momentos. Luego continuó:

—Fuí a Lima, al separarme de *el Pilares*, para ganar unos miles de pesetas con que reedificar luego mi existencia al lado de mi madre. No he tenido nunca vocación de prostituta y me repugna hondamente esta vida. Por amor a ese miserable, alquilé mi cuerpo muchas veces; pensando en mi madre, me dispuse a ser profesional por algún tiempo. Y, finalmente, lo he sido durante tres años, con frenético ardor de lucro, en

busca de los medios que necesito para vengarme.

—¿Qué pretendía usted?—preguntó Augusto.

—¡Lo que he de conseguir muy pronto!—repuso Rocío, con acento de triunfo—. ¡Lo que ya está en mis manos! Reunir un capital de veinte o treinta mil duros. Con ese dinero, en España montaré un burdel de postín. En Málaga, en Sevilla, en Madrid, en Barcelona. Donde sea. ¡Manolita, la hija de *el Pilares,* será pupila de mi mancebía! ¿Comprende usted?...

Augusto Trillo se estremeció. *La Godita* continuó, exaltándose:

—¡No lo dude usted: la hija de Manuel Pavón será prostituta!

Los ojos de Rocío centelleaban en la obscuridad como dos sangrientos rubíes. Después de un hondo silencio, Augusto le preguntó:

—¿Y cómo vino usted a parar a Iquique, en Chile?

—Mi suerte, la casualidad—repuso Rocío—. Verá usted. Yo era muy conocida en Lima. Tres temporadas seguidas me había

llevado *el Pilares* consigo. Ese hombre, que es muy postinero y soberbio, gustaba de lucirme, como una jaca de precio o un solitario de gran tamaño en la pechera de la camisa. Sabía que le envidiaban mi posesión; le gustaba verme deseada por los demás, sabiéndome esclava suya. En las corridas de beneficio, me hacía salir a la plaza, para pedir las llaves, a caballo y vestida a la andaluza. Hasta en los carteles me anunciaba. Yo le enseñaré a usted mañana, en casa, recortes de periódicos y revistas, con artículos y fotografías...

En un cenador vecino, una voz de mujer cantó esta "cueca" chilèna:

La araña pica a la mosca,
la mosca pica la miel;
y en el bolsillo del hombre
la que pica es la mujer.

—Es una mestiza de Concepción la que canta—dijo Rocío—; la querida del intendente de Iquique, un coronel de Caballería, el viejo más castizo y rumboso que he conocido en mi vida.

—Siga usted con su historia; me interesa en extremo—pidió Augusto.

—Cuando regresé a Lima después de separarme de *el Pilares*—prosiguió la andaluza—, me hospedé, con mi negro Antoñito, en casa de una malagueña amiga mía, dueña de un burdel. Pronto corrió por la ciudad la noticia de mi vuelta y la historia de mi ruptura con el torero. Me sobró donde escoger y a poco pude instalarme por mi cuenta en un pisito para mí sola y mi negrito. Antonio, que era más vivo que una ardilla y se desvivía por tenerme contenta, era mi doncella, mi correveidile, mi defensor, mi perro de muestra, mi alcahueta, en fin. Lo vestí con un uniforme verde de botones dorados y, volviendo sobre mi acuerdo, le hice bordar en su gorra, con hilo colorado, este letrero: *La Pilares*. Todo marchaba viento en popa, cuando supe la muerte de mi madre. Los puñales de la Virgen de los Dolores se clavaron todos en mi corazón. Pasé unos meses muy malos, alejada de todo trato con las gentes. Luego, cuando volví de nuevo a mi vida, me dejé arrebatar por los peores sentimientos. Fuí mala, muy mala; me com-

placía en volver locos a los hombres, por el solo placer de verlos sufrir, y en humillar a las mujeres, hiriéndolas en lo más íntimo. Mi vida fué el escándalo de toda Lima. Hasta que un día, dos hombres de la mejor sociedad, escritor uno de ellos y el otro político muy conocido, con elevado cargo público, a los que yo puse en pugna, se batieron por mi causa y quedaron los dos muy mal heridos. Aquel suceso, que conmovió a toda la ciudad, colmó la medida. Poderosos amigos me advirtieron, felizmente a tiempo, y dejándolo todo abandonado de la noche a la mañana, pude ponerme en salvo, embarcándome en un vapor con rumbo a Valparaíso.

Rocío se detuvo unos instantes. Luego prosiguió:

—A bordo ya, tuve conciencia de mis desatinos, y decidí cambiar de conducta. Por aquel camino no llegaría nunca a reunir el dinero que necesitaba para poner en práctica mis planes de venganza. Bien es verdad que aquello no había sido más que una ventolera. Bueno: navegando hacia Valparaíso, donde pensaba establecerme, íbamos mi Antoñito y yo, cuando el vapor hizo escala en

Iquique. Había mucho movimiento en el puerto. Duraba todavía la guerra europea y yo sabía los millones que estaba ganando Chile con la exportación del salitre. Habíamos llegado a media tarde y no se salía hasta el día siguiente. Yo le dije a mi "moreno": "¿Qué te parece si bajásemos y comiésemos en la ciudad, Antoñito?" Así lo hicimos. Pronto pude advertir, por todas partes, indicios de gran riqueza. Fuimos al "Chalet Suizo" y comimos allí. Hablando con el dueño me enteré de cosas muy interesantes. Cuando terminamos llamé aparte a Antoñito, y le dije:

—Me parece que no pasamos de aquí. En Iquique hay mucha, mucha "plata", más que en Valparaíso. ¿Me entiendes, Antoñito? De ti depende todo. Vete por ahí, indaga, husmea, entérate de lo que nos conviene saber: cuántas "casas de remolienda" hay; cuáles son las mejores; qué mujeres hay, qué trapío tienen, en qué condiciones están, cuánto ganan, si "trabajan" mucho... Ya lo sabes, Antoñito. Aquí te espero. No tengas prisa en volver; la cosa es que te enteres bien de lo que te he dicho.

Cuando volvió Antoñito a las dos horas me lo traía todo resuelto.

—Vas a ser la reina de Iquique, amita Rocío—me dijo, lleno de entusiasmo.

Sólo un par de "casas de remolienda" decentes había. Las mujeres valían poca cosa y "trabajaban" mucho. Circulaba el oro de una manera fantástica. Los mineros bajaban de la Pampa salitrera y lo derrochaban sin medida. Había muchos extranjeros en el puerto. La colonia española era escogida y rica. El Casino Español de Iquique era un primor; el más suntuoso y brillante de todos los que había en la costa del Pacífico.

—Pues aquí nos quedamos—le dije a mi negrito—. Vuelve de nuevo a la mejor de esas "casas", háblale a la dueña de mí y dile que deseo hablarla.

El muchacho rompió a reír ruidosamente.

—No es necesario, amita Rocío. Ya lo hice. La está esperando a usted. ¡Poco contenta que se puso! Y hasta me dijo: "No entres en la casa de al lado; vete en seguida a buscar a tu ama. Y si es como tú dices y se queda aquí, te daré cien pesos de propina." Ya lo sabes, amita; tú no te dejes en-

gañar y exige buenas condiciones. Te dirá a todo que sí, tú lo verás. Y ahora, vamos.

—Astuto era el chiquillo—comentó Augusto.

—Bueno y fiel como un perro fué para mí—asintió *la Godita.* Y prosiguiendo:—Y buen profeta. La reina he sido y soy de Iquique. La dueña de la casa a la que me llevó Antoñito vió en mí una mina. ¡Válgame Dios, cómo me recibió! Mis compañeras, al principio, me miraron con celos y envidia. Al poco tiempo me idolatraban todas. Por mí aquella casa era un jubileo a todas horas. Hasta los más apartados rincones de la Pampa llegó la fama de mi belleza. Aun seleccionando muy escrupulosamente la "clientela", no se daba abasto. Era un chorro de oro el que se entraba por las puertas. Yo me reservaba para dos o tres espléndidos amigos. Se alquiló una casita que había al lado, con la que se comunicaba por el jardín, para que yo me instalase en ella a mis anchas. Pero siempre que era necesaria mi presencia en el salón de la casa principal, allí estaba yo para animar la "remolienda" con mis coplas y mis bailes y mis dicharachos andaluces. Cuando el gasto estaba hecho y a los hombres les daba ya lo mismo una hembra que otra, desaparecía yo por el jardín y me retiraba a mi olivo. Al año de estar en la casa, la dueña y las pupilas, para demostrarme su agradecimiento, me regalaron una placa de oro, con una inscripción conmovedora, en recuerdo del fastuoso día de mi llegada a Iquique...

Rocío rompió a reír estrepitosamente.

Augusto, mientras llenaba de champaña las copas, preguntó:

—¿Y su negrito?

—Se aburría mucho en Iquique el pobrecito mío. La nostalgia de los toros no le dejaba vivir. Le dí dinero y se volvió a Lima. Enterados por él, me escribieron poco tiempo después algunos amigos míos diciéndome que podía regresar sin temor. Pero yo no quise. Me iba muy bien aquí y esperaba tener pronto el dinero que me había propuesto.

—¿Lo ha conseguido usted ya?

—Sí, ¡por fin! Unos miles de pesetas me faltaban para reunir los treinta mil duros que constituían mi ambición, y me acaban

ahora de caer en las manos como llovidos del cielo. Es una cosa que tiene mucha gracia. Verá usted. Hace cosa de un mes conocí a un ingeniero yanqui, jefe de una de las principales "oficinas" de la Pampa. Un hombre muy viejo, muy rico y muy "pelmazo". Se empeñó en que había de ser únicamente para él, y me hizo las mejores proposiciones de este mundo: ponerme casa, ricamente amueblada, y tres mil pesos mensuales. Yo, al pronto, no quise. Pero luego, reflexionando y contando mis ahorros, vi que el yanqui me lo mandaba la Providencia para redondear de un golpe mi capitalito, ahorrándome unos cuantos meses de lucha. Claro que no está muy bien lo que he hecho, lo reconozco; pero se trata de un viejo carcamal, riquísimo por añadidura, y no creo que me vayan a durar mucho los remordimientos. Acepté, me puso él el piso, y anteayer se volvió a la Pampa, para no venir a verme hasta dentro de quince días. Esta mañana he vendido yo toda la instalación, desde la cama y la pianola, hasta el último puchero y los trapos de cocina. Veinte mil pesos. ¿Comprende usted?... Dentro de tres



días pasa el "Ebro" con rumbo a Panamá. Cuando baje de la Pampa mi "viejito", ya estaré yo en el Atlántico, camino de España, en busca de *el Pilares* y su hija. ¿Qué le parece a usted de mi "combinación" con el yanqui?

—Magnífica—repuso Augusto—. ¿De modo que abandona usted Iquique?

—Como usted lo ha oído, dentro de tres días. Y ahora—siguió Rocío—, hablemos de usted. ¿Cuáles son sus proyectos?

Augusto se encogió de hombros.

—No los he tenido nunca. ¡Andar!... Pensaba dirigirme a Méjico, por etapas. Por eso mis deseos se limitan ahora a llegar hasta Lima. Allí veré cómo me las compongo para seguir adelante.

—Seremos compañeros de viaje en el "Ebro" hasta Panamá—afirmó resueltamente Rocío—. Y si quiere usted regresar a España, hasta España. Se lo deberá usted al yanqui. ¿Qué le parece?

Augusto intentó coger una de las manos de Rocío. Esta, sonriente, se opuso. Los ojos del aventurero se llenaron de luz.

—No sé como expresarle mi gratitud ni

mi alegría. Por de pronto, hasta Panamá, mejor dicho, hasta Colón, acepto con toda mi alma. Tengo unos deseos locos de llegar al Atlántico, nuestro mar. Me ahogo en el Pacífico. A veces he creído que esto era un abismo sin fondo del que era imposible salir... ¿Cómo podré pagarle esta liberación? ¡Ni con la vida!

—Siendo un buen compañero de viaje nada más—repuso alegremente la andaluza—. Mañana lo ultimaremos todo. Y ahora, para celebrar nuestro encuentro, que nos traigan una guitarra y una botella de manzanilla. Quiero cantar unas coplas de mi tierra, soñar con mi venganza, que es el faro de mi vida...

. . . . . .

. . . . . .

Tú deja que pase el tiempo,
que todo llega algún día;
lo que el querer "pué" olvidar,
el odio nunca lo olvida...

. . . . . .

* * *

Cuando el "Ebro" llegó a Mollendo, el primer puerto peruano, entre los periódicos que subieron a bordo halló Augusto Trillo un número de "El Comercio", el gran diario de Lima, en el que se daba cuenta, por medio de esas interviús gráficas tan prolijas en toda la Prensa americana, de la llegada a la capital del Perú de los toreros españoles que habían de alternar en la temporada. Entre ellos se hallaba *el Pilares*. Pero lo que más asombro le produjo a Augusto fué la noticia de que, acompañando al valiente torero cordobés, "ídolo de la afición peruana", venía su hija Manolita, "una señorita—decía "El Comercio"—que por su belleza y elegancia va a ser el encanto de nuestra ciudad mientras dure la actual temporada taurina". ¡Hermosa muchacha, en verdad! Augusto Trillo contempló detenidamente el retrato de Manolita Pavón. No parecía la hija de un torero. Lo mismo observaba el redactor del diario limeño que firmaba la interviú, ponderando su finura y distinción. "Como que desde los doce años—le decía muy orgulloso *el Pilares* al periodista—, se ha educado mi niña en las Irlandesas de

Madrid, entre señoritas de la aristocracia "chipén"." Y añadía que sabía hablar francés e inglés. Diez y ocho floridas primaveras, unos ojos que eran dos grandes esmeraldas entre pestañas negrísimas, una rosa de pasión la boca encendida, perlas los dientes, de obsidiana los cabellos, de nieve y rosa la piel, una liana el talle, dos pájaros los pies... Inteligente, discreta, culta... La interviú era un verdadero madrigal, hinchado de lirismo reporteril.

Hondísima fué la impresión de Rocío al enterarse de la presencia en Lima de *el Pilares* y su hija. Una turbulenta agitación se desencadenó en su pecho. No había contado con aquel encuentro tan próximo. Durante varias horas permaneció callada, sola en la proa del buque, errante la mirada sobre el mar. Al llegar la noche, le dijo a Augusto:

—Me favorece la suerte; más pronto de lo que creía me voy a ver frente a mis enemigos. Necesito de su ayuda. ¿Puedo contar con usted?

Augusto la miró fijamente.

—Hasta la muerte—contestó—. Para lo que usted quiera.

En el fondo, la venganza de la malagueña le interesaba hondamente a Augusto. Y no porque la gratitud le obligase a compartir los sentimientos de su desinteresada protectora, haciéndolos suyos. No. Augusto Trillo era incapaz de gratitud. Sino porque satisfacía sus crueles instintos, era combustible para la hoguera de rencores que llevaba siempre encendida en el fondo de su corazón. Por otra parte, los toreros le inspiraban una adversión particular. Los aborrecía con toda su alma. Conservaba un amargo recuerdo de los "maletillas" y "fenómenos" en cierne, con los que había tenido que luchar por los caminos andaluces. Finalmente, un alto en Lima, la Sevilla de América, tan ponderada por sus bellezas y gloriosos recuerdos históricos, le complacía en extremo.

—Pues, bien—continuó Rocío—; desembarcaremos en El Callao y nos detendremos en Lima el tiempo que sea preciso. No sé aún lo que voy a hacer ni puedo figurarme lo que va ocurrir. Pero me dice el corazón

que estoy más cerca de realizar mi venganza de lo que yo suponía. Nos acercaremos a *el Pilares* y su hija. Yo sabré fingir para que nada recele él. Lo demás vendrá por sí solo y como esté escrito. Usted pasará por ingeniero, jefe de una "oficina" salitrera propiedad de españoles. Va usted a Lima a negocios. Nosotros dos nos conocemos desde que yo llegué a Iquique. Hemos hecho el viaje juntos casualmente. Somos buenos amigos, pero nada más que buenos amigos. Seguramente me tomarán por la amante de usted. Mejor. Me conviene que lo crean así. *El Pilares* no lo dudará ni un minuto. Pero nosotros lo negaremos hábilmente, de una manera que siempre quede la duda. ¿Me entiende usted?

Una vez en Lima, Rocío y Augusto Trillo, después de informarse, tomaron alojamiento en el Hotel Mauryce Inglaterra, el primero de la ciudad de los virreyes. En él estaban parando el torero y Manolita, acompañados por una parienta lejana de *el Pilares*, mujer ya madura, que hacía las veces de doncella y de señora de compañía.

La sorpresa del torero al encontrarse con

su antigua amante, no tuvo límites. De alborozo y de ira, de instintivo recelo y de nuevos apetitos. Le pareció más hermosa que nunca. Al pronto, sin embargo, pudiendo más su vanidad de hombre brutal que su alegría, al acercársele Rocío con la sonrisa en los labios, la recibió con altivo desdén y le dijo secamente:

—Pero ¿vives todavía, mala pécora, después de la "charraná" que me hiciste?

Luego, desarmado ya por la actitud de Rocío y cediendo a sus propios impulsos, le preguntó por su vida.

—He ganado algún dinerillo en Chile y me vuelvo a Málaga con mis tíos.

—Es verdad—dijo *el Pilares*—, tu madre murió. Por cierto que me echaron a mí la culpa de su muerte. ¿Te lo escribió tu tía Remedios, que llegó a llamarme hasta "asesino"?

Por los ojos de Rocío cruzó fugazmente un relámpago de odio.

—Y es verdad que tú la mataste con aquel estúpido cablegrama.

El Pilares se irguió con fiereza.

—¿Es que te creiste tú que iba a dejarte sin castigo?

—Bueno, Manuel—dijo Rocío con tono de paz y de olvido—; aquello pasó ya. Tú sabes lo que yo quería a mi madre y te harás cargo de lo que sufrí. Pero te perdoné bien pronto. Comprendí que no quisiste causar un mal tan grave y que todo fué un arrebato tuyo. Por otra parte, mi pobrecita madre estaba muy enferma y le quedaba ya muy poco tiempo de vida. Que Dios la tenga en su gloria y no volvamos a hablar más de esto. Te lo pido.

—Bueno, mujer—concedió *el Pilares*, generoso—; lo "pasao", "pasao". Ya que te vuelves a España, me esperas y haremos el viaje juntos. Yo acabo pronto este año. Cinco corridas aquí y otra en Arequipa. Un par de meses. Sabrás que me he traído a Manolita conmigo. Salió del colegio hace unos meses y se empeñó la niña en acompañarme a América. Voy a ver si la caso con Miguelito, el *Gavilán chico*, el torero más grande del mundo. Un "fenómeno". Tres años lleva de alternativa, y ya ha "ganao" millones el chaval. Ha venido con nos-

otros a Lima y está que bebe los vientos por la muchacha. No vas a conocer a mi Manolita. Está hecha una mujer y una señorita por "to" lo alto. Mucho "cuidao" con ella, que sabe más que Merlín. Un "poquillo" seca es, pero buena en el fondo. Procura tú que hagáis buenas amigas.

Era lo que deseaba ardientemente Rocío. Acercarse a la hija de *el Pilares,* conquistar su ánimo, irla prendiendo en sus redes poco a poco. La odiaba tanto como al padre, casi más que al padre, por lo mismo que la venía acechando desde hacía años.

—Descuida, Manuel—dijo Rocío, sonriente—, hemos de ser buenas amigas. He de ser como una madre para Manolita.

* * *

Manolita Pavón quería a su padre, pero no se sentía muy orgullosa de él. Educada desde los doce años en un aristocrático colegio de Madrid, la baja condición del torero, la plebeyez de sus costumbres y palabras, el escándalo de su vida viciosa y depravada se fueron haciendo incompatibles con los refinamientos de su exquisita educación. Más de una vez se sintió abochornada ante sus compañeras de colegio, oyéndose llamar con desdeñoso retintín "la hija del torero". Todo lo relacionado con la profesión de su padre le inspiraba una profunda repugnancia. Nunca había querido ir a la plaza a verlo torear. Un día que *el Pilares,* entre bromas y veras, le preguntó si le gustaría tener por novio a un torero tan famoso como él, Manolita, llena de ira, le contestó:

—Antes me quedo para vestir santos o me tiro de cabeza al mar.

Estaba arrepentidísima de haberle pedido a su padre que la llevase a América. Acuciada por su espíritu inquieto y soñador, se había imaginado un viaje maravilloso, lleno de extrañas aventuras. La realidad estaba resultando bien otra. Rodeada por los compañeros de su padre a todas horas, que se desvivían por amenizarle los monótonos y largos días de a bordo, cada uno a su manera, y todos con la grosera salsa de su

tosca condición, Manolita se asfixiaba de asco entre ellos, como separada por una valla infranqueable del resto de las gentes, de aquellas otras gentes que eran como ella, que hablaban y pensaban como ella y entre las cuales necesitaba ella vivir. Ocurría más aún: unas veces deliberadamente y otras por instinto, los toreros, como celosos de su privilegio e impulsados por un egoísta espíritu de tribu, la impedían todo contacto con los demás pasajeros. Durante la travesía de La Habana a Colón, un diplomático español que se dirigía a San José de Costa Rica, joven y simpático, trató de acercarse a la hija de *el Pilares*. Mala ocurrencia tuvo el atrevido "litri". En cuanto las cuadrillas advirtieron sus propósitos, la emprendieron descaradamente con él y le hicieron abandonar el campo en seguida. Pero lo que más violentaba a Manolita era *el Gavilán Chico* haciéndole la corte. Miguelito, el torero valenciano, era todavía un chiquillo. Cobarde ante los toros, pero soberano artista, estaba de "moda" y venía toreando más de noventa corridas por año desde que tomó la alternativa. Pequeño y desmedrado, con

tipo de tuberculoso, aquel "niño prodigio" no soñaba más que con reunir rápidamente una fortuna y retirarse de los toros, limpio el cuerpo de cicatrices. Tímido y sin gracia, incapaz de pronunciar media docena de palabras seguidas, huía de las gentes que no eran de su clase, entre las que se azoraba como un animalillo selvático, y sólo se hallaba a gusto con los hombres de su cuadrilla y entre prostitutas. Entonces, halagado constantemente por los unos, que lo trataban como a un ídolo, y deseado por todas las heroínas de burdel, que se lo disputaban con celos febriles, se sentía hombre, y para demostrarlo se entregaba absurdamente a la bebida. Borracho—y borracho volvía siempre de sus correrías nocturnas—era vanidoso, deslenguado, brutal y camorrista.

Miguelito andaba perdidamente enamorado de Manolita, la hija de *el Pilares*. La íntima convivencia a bordo durante la larga travesía había hecho más honda su herida de amor. Por otra parte, los desdenes de la muchacha exasperaban violentamente sus deseos. *El Pilares*, que conceptuaba a Miguelito como el partido ideal para su hija, no sólo le dió su



autorización para que la cortejase en toda regla, sino que le animaba en sus desmayos y dudas.

—Su hija de usted no me va a querer nunca—decía *el Gavilán Chico*.

—¡Esas son "figuraciones" tuyas, so "chalao"!—exclamaba *el Pilares*—. Tú empápala bien y éntrala por derecho; verás cómo "camela" mi niña.

—Manolita no es de nuestra clase; le tira la gente fina, y nos desprecia a nosotros—insistía Miguelito.

—¡Quita allá, so "pasmao", que no sabes lo que dices!—gritaba indignado el cordobés—. ¿Cómo se va a avergonzar de su padre mi hija? Claro que acaba de salir de un colegio "bien" y está todavía "arisquilla" la mocita. Pero tú verás cómo se acostumbra. Tú no te apures, y adelante con los faroles. A una mujer no se la prepara con un par de muletazos "na" más. Y mucho menos a una mujer como mi Manolita, que es hija de su padre y vale más que ninguna otra en el mundo. Tú hazle la faena que se merece y verás cómo se ablanda con el tiempo. Estas cosas, cuando vienen con "toas" las de la ley, no

son "puñalá" de pícaro. Yo mismo le hablaré a la muchacha si es preciso. Además, que en siendo cosa mía el que tú te cases con ella, te casarás cuando llegue la hora, y punto concluído.

Pero la aversión que Manolita sentía hacia *el Gavilán Chico* se hizo todavía mayor desde el momento que se enteró de los propósitos de su padre. Y así se lo participó resueltamente, asegurándole que no consentiría nunca en aquel casamiento, que sería para ella la mayor de las desventuras.

—Ya cambiarás de parecer, "chavala"—le contestó *el Pilares*, encogiéndose de hombros y haciéndole unos mimos—. Miguelito es el hombre que tú te mereces y el que te conviene. Es el mejor torero que ha conocido el orbe, y más bueno que el pan. Le sobra el dinero para hacer de ti una reina, y el día que se case contigo se retira de los toros. ¿Qué más "pués" pedir? Tú piénsalo bien; deja que el tiempo haga lo suyo, y verás cómo me da la razón.

* * *

A los quince días de su encuentro con Rocío, *el Pilares* se hallaba sumido en la mayor confusión de toda su vida. Al principio creyó que la reconquista de su antigua amante era cosa hecha desde el momento que, de acuerdo los dos, habían echado sobre el pasado una losa de olvido. Sin embargo, los días iban pasando y sus requerimientos resultaban en balde. Sin duda era cierto lo que él se había pensado: Rocío era la amante de aquel "ingeniero" que la venía acompañando desde Chile. Aunque ella lo desmentía rotundamente con sus palabras, los hechos probaban todo lo contrario. Pero entonces, ¿cómo explicarse ahora el rabioso coqueteo de su hija con aquel extraño personaje, en la propia cara de Rocío? ¿Iba a consentirlo ésta si el "otro" fuese amante suyo? ¿Iba a llegar el descoco de su hija hasta el extremo de "metérsele por los ojos" a aquel hombre, si lo sabía "enredado" con la antigua querida de su padre? Por otra parte, también en las relaciones de su hija con Rocío observaba *el Pilares* un cambio inexplicable. Manolita la había recibido con manifiesta frialdad, fingiendo no acordarse de ella y esquivando su trato todo lo posible. De

pronto, sin una causa apreciable, cambia de conducta y se establece entre las dos la más cordial de las armonías. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría en sus propias barbas, que no acertaba a comprender, por más vueltas que le daba al magín?... Por de pronto, Augusto Trillo le inspiraba una profunda antipatía.

Por su parte, *el Gavilán Chico* estaba cada día más alarmado. Aquella intimidad que se venía estableciendo entre Manolita y el "ingeniero" lo tenía fuera de sus casillas. La envidia, el despecho y los celos lo atormentaban de continuo. Más que dos amigos de la víspera, con el natural recato por parte de Manolita que toda muchacha decente debía guardar ante un desconocido, que por añadidura viajaba con su "querida", parecían dos novios formalmente comprometidos. No desperdiciaban ocasión de estar juntos; huraña con todos, Manolita no tenía sonrisas más que para Augusto Trillo. Bien era verdad que éste, frente a la hija de *el Pilares,* se conducía con tanta discreción como respeto. Era ella quien se lo comía con los ojos, como acometida de pronto por una violenta calentura. ¿Se verían a espaldas de *el Pilares,* y aquella

corrección del "salitrero", que Manolita, menos cauta y más ardiente, no sabía imitar, no era más que ficción y disimulo?

Miguelito no dejaba en paz a *el Pilares.*

—Mire usted—le decía—que esto va a acabar mal. El "gachó" ese nos va a jugar una "mala partía". Manolita se está "colando" más de la cuenta.

El Pilares se indignaba:

—Tú ves visiones, Miguelito.

Pero como su propia inquietud fuera en aumento, y para salir de una vez de dudas, se encaró resueltamente con Rocío. Esta lo negó todo. Ni aquel hombre era su amante, ni tampoco había observado nada de particular entre él y Manolita.

—No te pongas "pesao", Manuel; ese muchacho es amigo íntimo del hombre que me ha protegido a mí durante los tres años que he vivido en Iquique. No me ligan con él más lazos que los de una buena amistad. El que tu hija le ponga buena cara, no es ninguna cosa del otro mundo. Manolita tiene una educación muy distinta de la nuestra, y es natural que prefiera la conversación de Augusto, que es un hombre muy instruído y

que habla como los ángeles, a las gansadas y "patoserías" de Miguelito o de *Tronío*. Pero de eso a lo que tú piensas, hay tanta diferencia como de la noche al día.

El Pilares vomitó unas amenazas y, no dándose por convencido, decidió cortar por lo sano, hablándole claro a Manolita. También ésta negó al pronto. Pero luego, molesta por los despectivos términos con que hablaba su padre de aquel "asaúra", sin poderse contener, exclamó:

—¿Es que sería un crimen el que a mí me gustase ese muchacho? ¿No es más "de mi igual" y vale un millón de veces más que ese renacuajo de Miguelito?

El Pilares no pudo reprimir un movimiento de colérico asombro, y cogiendo violentamente a su hija por un brazo, le gritó:

—Pero ¿tú no ves que ese "sinvergüenza" es el amante de Rocío? Pero ¿es que una mocita decente "pue" ni siquiera pensar lo que tú dices? ¿"Pa" eso te he "críao" yo y te he "educao" como una princesa? ¿Es eso lo que te enseñaron en Madrid las monjas, niña?

Manolita protestó:

—Papá, eso que tú dices no es verdad. Nada hay entre ese joven y Rocío. Me consta.

—Como quiera que sea—dijo secamente *el Pilares*, terminando—. El que manda aquí soy yo. Para algo eres mi hija. Conque a obedecerme y punto concluído. Que no te vea yo tontear más con esa "lechuza". De sobra sabes tú quién es el hombre que yo quiero para ti: Miguelito.

Después de estas entrevistas, *el Pilares* se tranquilizó. Pero no así *el Gavilán Chico*:

—El que tiene la culpa de "to" es ese "tío". Lo que hace falta es "espantarlo" cuanto antes. Y eso lo va a hacer "mi menda, pero que muy prontito".

* * *

Sin podérselo explicar claramente, cuando Rocío observó el interés que Manolita demostraba hacia Augusto Trillo, experimentó un hondo y extraño júbilo. Tuvo como una "co-

razonada" de que aquella contingencia había de favorecer sus planes.

—¿Le gusta a usted esa muchacha?—le preguntó a Augusto.

El aventurero sonrió extrañamente, mostrando sus agudos dientes de lobo.

—Esa mujer no puede ser presa mía—le contestó—; le pertenece a usted.

—¿Y si yo se la cediese?—inquirió Rocío.

—¿Para qué?—dijo Augusto—. ¿Para qué?... Manolita es hermosa como una tentación, y cuando estoy junto a ella y aspiro el aroma de su carne, se me inflama la sangre en las venas y todo el cuerpo me tiembla en un frenético deseo de posesión... Mas ¿para qué?... Soy incapaz de amar, lo confieso. Nací para esta vida nómada mía; no quiero otra compañera que mi soledad. La mujer, para mí, no es más que la hembra. Donde la encuentro, allí la tomo y allí mismo la dejo. Por una mujer no se ha torcido nunca mi camino ni he vuelto nunca la vista atrás. Y mujeres de la clase de Manolita no son para mí.

—¿Y si ella le quisiese a usted? Una mujer enamorada es capaz de las mayores locuras. ¿Es usted cobarde?

—Por fuerza. Y si no soy cobarde, soy precavido. Manolita es un coto guardado por muy buenos mastines. Yo soy un perro vagabundo, y mi vida está en los caminos. Unicamente de las ramas que caen sobre ellos robo yo las frutas, porque si me descubren tengo libre la huída. A saltar las tapias no me he atrevido nunca.

—Como usted quiera—terminó Rocío—. De todos modos, si necesita usted de mi ayuda para conseguir esa mujer, cuente usted con ello.

No se le ocultaron a Augusto Trillo las intenciones de Rocío. Pero no entraba en sus cálculos servirle de instrumento para su venganza, y se propuso ser prudente. El "flirteo" con Manolita, muy discreto cuando había testigos, y románticamente apasionado a solas, le seducía. Era una sensación nueva, no sentida hasta entonces; una dulce embriaguez a la que se abandonaba conscientemente, seguro de no perder el timón de sus instintos. La propia comedia que estaba representando, pasando a los ojos de todos por un

rico ingeniero español de la Pampa chilena, con maestría de actor genial, le halagaba, le envanecía. Precisamente en aquel engaño estaba para Augusto el mayor placer de la aventura. Placer de venganza, en el fondo; de desquite. "Si me conocieras en mi verdadero aspecto—se decía algunas veces, pensando en Manolita—, me mirarías desdeñosa desde tu altura y me despreciarías. ¡Guay de mí, si me atreviese entonces a implorar de ti una limosna de amor!"

Sin embargo, Augusto Trillo estaba dispuesto a no pasar de allí. *El Pilares* iba a terminar pronto sus corridas. Los acompañaría luego hasta Colón y allí se separaría de ellos y de Rocío. No pudiendo regresar a España, porque era prófugo, seguiría hacia Méjico.

Por su parte, Manolita Pavón, apasionada y soñadora, sentía que con la presencia de Augusto Trillo se le acababan de revelar tumultuosamente todos los secretos impulsos de la vida. En su corazón había prendido una dulce y fuerte angustia de amor. Rocío, con diabólica habilidad de sabia celestina, fué alimentando sus deseos, atizando la ho-

guera, descorriendo en el alma virginal de la mocita los velos paradisíacos y precisando las florecientes ansiedades de su carne púber en eróticos delirios. La cálida palabra de Augusto la encendía; entre los compañeros de su padre, zafios y brutales, Augusto se elevaba ante sus ojos como la más alta cumbre. El horror que la inspiraba Miguelito la acercaba más al aventurero castellano. Las rudas advertencias y amenazas de *el Pilares,* más que contenerla, la sirvieron de incentivo.

* * *

La temporada estaba resultando desastrosa para *el Pilares* y Miguelito. Salían a fracaso por tarde. La desgana de *el Pilares* ante los toros, hasta cierto punto se la explicaba el público. Se estaba haciendo viejo ya, sus facultades disminuían visiblemente de día en día, había sido muy "castigado" durante los largos años que venía ejerciendo su profesión, y se sabía, además, que andaba con

propósitos de retirarse. Se consideraba también, por otra parte, que la presencia de su hija en Lima debía influír poderosamente en su ánimo, obligándole a una prudencia que, para desprestigio suyo, tenía a menudo mucho de cobardía. Sin embargo, su fama de valiente era muy antigua ya y muy sólida para que se pudiese borrar así como así en unas cuantas tardes de adversa fortuna. Sin contar con que *el Pilares,* cuando notaba que el público se le venía encima, con razón o sin ella, se enardecía súbitamente, y sin medir el peligro, como en sus días de novillero y de apogeo, daba la nota suya característica: el valor sin trampa ni cartón, que borra en un instante el ceño adusto del público y convierte en ovación frenética la protesta más enfurecida.

Con *el Gavilán Chico* era otro cantar. Miguelito no daba una en el clavo. Cuatro corridas llevaba toreadas ya, a bronca por toro, y nada lograba sacarle de su desgana y apatía. El público limeño, vehemente y apasionado como ninguno, tan pródigo de su entusiasmo, fácil de ganar, como terrible en sus iras, que pronto degeneraban en una hostili-

dad de tal suerte que hacía de cada espectador un enemigo personal del torero aborrecido, se estaba poniendo "imposible" con Miguelito. Con sobrada razón, indudablemente. Nunca se había mostrado tan cobarde el torero de Valencia. Lo mismo daba que fuesen toros del país, blandos por lo general y que se agotaban al segundo puyazo, que reses traídas de España. Unas veces porque realmente ofrecían serias dificultades para la lidia, y otras porque eran bravos de verdad y Miguelito no quería exponer lo más mínimo, el caso era que quedaba siempre mal. Lo que ocurría era, en realidad, que *el Gavilán Chico* no "podía" con los toros. Endeble por naturalza, la disipación de sus noches de borrachera en brazos de prostitutas, lo tenía hecho un pingajo. Salía a la plaza cansado ya, sin fuerzas para la dura pelea, de antemano vencido. En estas condiciones, cobarde de suyo, la reacción ante la cólera del público le resultaba, más que difícil, imposible. Se ahogaba, se le salía el corazón por la boca al menor esfuerzo o sobresalto, se le doblaban las piernas. Sus destellos de artista genial, sus latiguillos de relumbrón, aprove-

chando ventajas y fáciles oportunidades, no le bastaban ya. El público estaba harto del engaño y exigía, cada vez con más peligrosa exaltación, lo que Miguelito no podía dar, porque le faltaba en absoluto: valor.

—"Mataor"—le dijo *Bombarda,* su peón de confianza, mientras el mozo de estoques terminaba de vestirle—, que hay que decidirse de una vez. A ver si te "arrimas" esta tarde. Un "nublao" se nos está viniendo encima, que Dios nos coja "confesaos". ¡"Too" se arregla con que tú te "arrimes" na más que tanto así. ¿Te vas a querer "arrimar" por fin, niño?

Miguelito no contestó.

—Mira que la cosa va de veras—siguió diciendo *Bombarda*—; que la gente está muy harta ya y estos "condenaos" *cholos* son de mucho peligro. Que aquí no estamos en España, chaval. Allí se contentan con "quearse" roncos chillando y tirar almohadillas. Aquí te sueltan un tiro en "mitá" del ruedo, como hicieron con "Rafaé" *el Gallo* en una de sus "espantás", o te cosen a "puñalás" a la "salía" de la plaza. Ya sabes lo que le ocurrió el año "pasao" a Manolo *el Chuli,* que quedó

aquí lo "mismito" que tú estás quedando este año: que se descolgó "toa" Lima en el Callao el día que se embarcaba "pa" España, con el propósito de zambullirlo en el mar. Hasta anuncios se pusieron el día antes en los periódicos, invitando a los buenos "aficionaos" a que fuesen a "despedirle" al puerto. ¡Vaya "faenita"! Esto le salvó, porque las autoridades le avisaron con tiempo y se pudo embarcar la noche antes, de "escondías". La gente de su cuadrilla, creyendo que con ellos no iría la cosa, no tomó precaución ninguna. ¡Pues por poco si los matan a "toos"! Estos indios, viendo que el "mataor" se les había "escapao", se liaron con ellos en el puerto, y "pa" qué te voy a contar la que se armó allí. Al *Pilili* y al *Tostao* los tuvieron que pescar. Lo que te digo: una "herejía". Conque ya ves lo que nos espera a "toos" si no te "arrimas", Miguelito.

El "mataor", perdida la paciencia, se encaró violento con *Bombarda.*

—¿Te "quiés" callar ya, "so" bruto?—le gritó—. ¡Me vas a decir "toas" esas cosas precisamente hoy, sabiendo la "corría" que hay "encerrá"! ¿No sabes que ese canalla de

Flores me ha "mandao" a cosa hecha los peores marrajos de su ganadería, "pa" que uno de ellos me parta el corazón? ¿No sabes tú como yo que así lo anda pregonando por ahí?

Y así era, en efecto. Flores, el famoso ganadero peruano, "se la tenía jurada" a Miguelito. En una de las corridas anteriores le había tocado al lidiador valenciano un toro de Flores, en el que éste tenía puestas todas sus ilusiones de criador de reses bravas. Su orgullo nacional andaba también de por medio. "¡Ahora se verá—exclamaba—que no es preciso traerlos de España para que se lidien toros de bandera en el Perú!" Así fué; un toro de bandera resultó el hermoso animal. Miguelito, que le tomó un pánico horroroso desde que salió del chiquero, no sólo ordenó a sus picadores y peones que "acabasen" con él, sino que, después de una interminable faena con el pico de la muleta, tuvo que entrar infinidad de veces a matar; "mechado", acribillada la cerviz con cien intentos de descabello, cuando ya sonaba el tercer aviso, se entregó a las mulillas el noble bruto. El ganadero peruano, que asistía a

la corrida, juró vengarse de *el Gavilán Chico*. Y allí estaba la "corrida" de aquella tarde, escogida "escrupulosamente" por él mismo en persona para tal fin. "¡Hay un cárdeno—decía a quien quería oírle—, que como le toque a ese cobarde, le partirá seguramente el corazón!"

Manolita, Rocío y Augusto Trillo asistieron a la corrida. Manolita veía torear a su padre por primera vez. Aunque temblando al pensar en el peligro que iba a correr ante sus propios ojos, la esperanza de asistir a un nuevo y ruidoso fracaso de Miguelito la llenaba de secreto júbilo. ¡Ojalá se quedase entre los cuernos de aquel toro "pregonao" que había enviado Flores para vengarse del medroso espada! Lo aborrecía, lo odiaba con toda su alma, le inspiraba un asco sin límites. Ahora más que nunca. El era la causa de que su padre le hubiese tomado aquella ojeriza a Augusto Trillo. Manolita Pavón, que había heredado de su progenitor la vehemencia pasional, que ante nada retrocedía, y el fiero instinto vengativo, había ido a la plaza deseándole un grave percance—¡la muerte, si era posible!—a Miguelito.

Muy otra era la disposición de ánimo de Rocío. Nunca se asomó al redondel de una plaza de toros con tanta emoción, con el corazón tan encogido. Iba intensamente pálida, atormentada por una dolorosa angustia. "¡Señor, que no le ocurra nada a Manuel!", se repetía interiormente a cada momento, levantando al cielo los ojos en fervorosa súplica: "¡Señor, no permitas que escape a mi venganza! ¡Señor, guárdalo para mí!"

Toda la mañana se la había pasado recomendando prudencia y cordura a Manuel Pavón.

—A ti, ¿qué más te da ya?—le decía—. Tira a salir del paso "na" más, sin exponer ni tanto así, y ríete del público.

El torero de Córdoba, más que preocupado, estaba que se lo llevaban los demonios de la ira.

—¡Habráse visto "charraná" más grande!—rugía—. ¡No quiero más sino que me toque a mí el cárdeno ése que ha "mandao" ese hijo de mala madre pensando en Miguelito!

—¿"Pa" qué, so tonto?—argüía la malagueña—. ¿"Pa" que te lleves tú la "corná"?

—¡Qué "corná" ni qué niño muerto!—respondía despreciativo Manuel Pavón—. ¡"Pa" ponerlo más suave que un borrego y "roarlo" de un estoconazo hecho un ovillo! ¡Maldita sea!

Y para Manuel Pavón fué el toro cárdeno, que se había de lidiar en quinto lugar. A Miguelito se le quitó un terrible peso de encima. A Manolita, más que la mala suerte de su padre, le dolió la buena que había tenido *el Gavilán Chico*. La zozobra de Rocío fué durante toda la corrida un verdadero martirio. El mismo que no la dejó sosegar aquel año en que *el Pilares* sufrió una cogida de gravedad en España, hallándose ella en Lima.

Como se temía, la corrida iba resultando un desastre. Ni la presencia de Manolita en uno de los palcos bajos—esos palcos tan singulares que vienen a formar la barrera en el redondel de la plaza de Lima, vieja fábrica de la época colonial—sirvió de estímulo a Miguelito. Había ido dispuesto a que Flores, el ganadero, no se saliese con la suya, y todas las precauciones le parecían pocas para evitar que le rozasen los cuernos de las reses. El público estaba ya ronco de

gritarle los más soeces insultos. En el sol, los *cholos* producían con sus carracas un ruido ensordecedor. Pero Miguelito continuaba impávido, como si el escándalo no fuese con él, firme en su propósito de dejarse ir vivos los toros al corral antes que exponerse al más insignificante gañafón.

—¡Mataor, que esta tarde no salimos vivos de aquí!—le decía *Bombarda* cada vez que se cruzaba con él.

Al cordobés tampoco le salía nada a derechas. Cierto que los toros se las "traían". Moruchos más "indecentes", con tantos resabios y malas ideas, no los había él toreado en su vida. Empezó rabioso, con ganas de imponerse al público, pero un serio "achuchón" que le proporcionó el primero de la tarde, al iniciar la faena de muleta, lo descompuso para el resto de la corrida. Además, convencido de que Miguelito estaba resuelto a dejarse "chillar", comprendió que para "aliviarle" lo mejor que podía hacer era prestarse a compartir con él la indignación del público.

El famoso cárdeno resultó lo que se había previsto: un toro ilidiable en absoluto.

De mucho poder y nervio, rápido como una centella y con unos cuernos que sembraron inmediatamente el terror entre las cuadrillas. No obedecía al engaño y arrancaba siempre sobre seguro.

—¡Rechace "usté" ese toro—le dijo Miguelito a Manuel Pavón—; ese marrajo ha "sío toreao"! ¿No lo está "usté" viendo?

—¡Eso no lo ha hecho ni lo hará nunca Manuel Pavón!—le contestó desdeñoso el cordobés.

Manuel Pavón le brindó la muerte del cárdeno a Rocío.

Esta, demudada por la emoción, temiendo un percance fatal, le gritó al *Pilares*:

—¡Por Dios, Manuel! ¿Qué vas a hacer?

El Pilares se fué hacia el toro decidido. En la plaza se hizo un silencio terrible. El público presumía un valiente arranque del matador, y con espanto y fruición a un tiempo mismo, esperaba la inevitable tragedia. Rocío, apretando fuertemente un brazo de Manolita, fijos los desencajados ojos en su antiguo amante, exclamó:

—¡Sálvalo, virgencita mía de la Trinidad!

Manuel Pavón, rápido, sin desplegar si-

quiera la muleta, se lanzó a los bajos y hundió todo el estoque. Como herido por un rayo, el cárdeno, vomitando un río de sangre en violentos borbotones, se desplomó muerto. Simultáneamente, un rugido de ira estremeció toda la plaza. El público, defraudado y como herido por aquella decisión del *Pilares* en lo más sensible de su dignidad, rompió en un huracán de amenazas e injurias.

—¡Gracias, virgencita mía!—gritó con loca exaltación Rocío.

Manolita, que no había perdido ni por un instante su serenidad, le preguntó:

—¿Tanto quieres todavía a mi padre?

Rocío miró fijamente a la hija de Manuel Pavón. Y luego le dijo:

—¡Eso lo sabrás tú algún día!

Augusto Trillo comprendió.

* * *

La mancebía de la india Josefina era el lugar donde se reunían de noche casi todos



los toreros españoles que se hallaban en la hermosa capital del Perú, gente de trueno, amiga del escándalo y en "juerga" continua.

Llegaban a ella ya borrachos, y allí, entre oleadas de lujuria y el "pisco" que bebían a grandes vasos, entre baile y baile, como si en lugar de un aguardiente infernal que abrasaba las entrañas, fuese suave vino de Montilla, acababan por perder del todo el juicio. Rara era la noche que no tenían que intervenir los agentes de la autoridad, llevándose algún detenido, y muchas veces degeneraron las pendencias, que a cada instante surgían por la menor causa, en sangrientas riñas.

Después de la famosa corrida, Augusto Trillo, que no creyó oportuno tropezarse con los toreros en el comedor del hotel —¡buenos estarían *el Pilares* y Miguelito, después de lo ocurrido!—, aceptó la invitación de un comisionista de vinos de Jerez, muy alegre y simpático, que "viajaba" desde hacía años las Repúblicas del Pacífico. Comieron en la castiza taberna del español Rafael, y después de aplaudir a Pastora Imperio, la gitana sin par, que triunfaba a la

sazón en el Teatro Forero con su arte maravilloso y único, se dirigieron a la botillería "Roma", en Mercaderes, templo máximo de la "afición" limeña, a tomar unos "copetines".

El dueño de la botillería era un italiano gordo y zambo, pintoresco y vehemente, gran amigo de toreros, a los que en realidad debía la brillante prosperidad de su negocio, y era tenido por sapientísimo catedrático en ciencias taurinas. La botillería "Roma" tenía todas las trazas de un colmado andaluz. Cabezas de toro disecadas y otros gloriosos trofeos adornaban las paredes. En un cuarto interior, donde se reunían los conspicuos, se ostentaban, como inapreciables reliquias, un traje de luces de Belmonte, un estoque del *Pilares* y una muleta de Joselito. Cuando el patrón de la botillería hablaba de Joselito, se ponía muy triste y lanzaba profundos suspiros.

Cuando Augusto Trillo y el comisionista de Jerez entraron en "Roma", el italiano, después de saludarles con grandes muestras de afecto, les dijo:

—Pasen ustedes ahí dentro, que hay muy buena gente esta noche.

Al entrar en el reservado, Augusto se encontró con *el Pilares,* Miguelito y los hombres de sus respectivas cuadrillas. Torcieron el gesto los toreros, y Augusto reprimió un movimiento de contrariedad. Sin embargo, *el Pilares* se levantó y, estrechándole la mano al amigo de Rocío, le dijo:

—Llegan "ustés" en buena hora. Tenemos "cante flamenco" y manzanilla. Nos harán "ustés" el obsequio de tomar unas cañas con nosotros.

No hubo más remedio. Dos horas después, cuando ya había surtido sus efectos el dorado vinillo de Sanlúcar, uno de los banderilleros de Miguelito propuso dar por terminado el "aperitivo" y formalizar la "juerga" en casa de la india Josefina. La proposición fué aceptada por unanimidad y con grandes gritos de júbilo. Invitados el comisionista de Jerez y Augusto, éstos trataron de excusarse. El primero tenía que salir de viaje a primera hora. Augusto pretextaba ser ya muy tarde para él: tenía también que hacer por la mañana.

—El señor se "pué" ir, que es verdad lo que dice—terció *el Pilares,* dirigiéndose a Augusto—. Pero usted se viene con nosotros. ¡No faltaba más, hombre!

Fué tan imperiosa la invitación, a la que se adhirieron todos los toreros, y especialmente *el Gavilán Chico,* que la resistencia de Augusto, por muy viva que fué, resultó inútil. A la fuerza, a empellones lo metieron en un automóvil y se dirigieron todos al burdel de Josefina.

El ponzoñoso espíritu del "pisco", con sus llamas demoníacas, desencadenó pronto la tormenta. Una de las rameras, la predilecta de Miguelito, se acercó a Augusto, invitándole á bailar. Ante la negativa de éste, se sentó a su lado la mujer, y echándole súbitamente los brazos al cuello, le dió un largo y violento beso en la boca.

El Gavilán Chico palideció de ira. Y arrancando de un zarpazo a la ramera, se encaró retador con Augusto:

—¿Es que no le basta a "usté" con quererme "birlar" la novia, y encima me va "usté" a poner en ridículo con esta india?

Augusto sintió el peligro que corría. Miró a su alrededor y sólo vió rostros hostiles, turbias miradas, ebrias de vino y de rencor. Se sintió cogido como en un lazo. Alzóse, murmuró torpemente unas palabras de explicación e hizo ademán de irse.

—¡Que se cree "usté" eso!—gritó Miguelito cogiéndole fuertemente por las solapas—. ¡De aquí no sale "usté" hasta que no hayamos "ajustao" las cuentas los dos!

Todos los toreros se habían agrupado alrededor de Augusto y Miguelito. *El Pilares,* abriéndose paso entre ellos, se acercó, diciendo:

—El que tiene que ajustarle las cuentas a este "amigo" soy yo, Miguelito.

Y luego, dirigiéndose a Josefina, que estaba en el mostrador, al que se habían refugiado las pupilas de la casa, temerosas de lo que pudiera ocurrir, le gritó:

Josefina, esta noche no entra nadie más aquí. Todo el gasto es nuestro, ¿entiendes? Tú, *Tronío,* cierra la puerta de la calle y vigila.

Augusto intentó protestar:

—¿Qué es esto? ¡Yo he venido aquí creyéndome entre amigos!

El Pilares, completamente borracho, estalló en una carcajada sarcástica.

—¡Las va "usté" a pagar "toas" juntas de una vez!—exclamó, cogiendo a Augusto por ambos hombros y zarandeándolo violentamente—. ¡Lo tengo a "usté" atravesao aquí como una espina!

Augusto, lívido de miedo y de ira, se desasió de un tirón.

—Yo no tengo nada que ver con usted —dijo.

El Pilares, ciego de rabia ya, lo sujetó nuevamente por un brazo, y prosiguió:

—Por culpa de "usté" no me he vuelto yo a arreglar con Rocío. Y por si esto era poco, ¡maldita sea su cochina sangre de "usté", a espaldas mías le está "usté" trastornando el "sentío" a mi hija.

—¡Ni lo uno ni lo otro es verdad!—protestó Augusto.

—¡Además de embustero, es "usté" un cobarde, so canalla!—gritó *el Pilares,* descargando su puño sobre el rostro de Augusto Trillo.

Este, sin saber lo que hacía, lanzando un rugido de dolor y de ira, trató de devolver el golpe. En el acto, Miguelito y los demás toreros, profiriendo insultos y amenazas de muerte, se echaron sobre él.

—¡"Dejármelo" a mí!—gritaba *el Gavilán Chico*—. ¡"Dejármelo" a mí, que lo voy a matar!

Cuando se cansaron de darle golpes y patadas, y lo tuvieron por muerto en el suelo, Augusto se levantó penosamente, con toda la ropa hecha jirones y el rostro ensangrentado. La boca la tenía cubierta de sanguinolenta espuma.

—¡Cobardes!—gritó, apretando los puños.

Los toreros hicieron ademán de lanzarse nuevamente sobre él. *El Pilares* los contuvo.

—Ya tiene lo suyo—dijo—. Y "usté" a tragar el "páquete" si quiere salir vivo de aquí. Y entiéndalo "usté" bien: con mi hija ha "liquidao" "usté" ya. Si vuelve "usté" a mirarla, ¡por "éstas" que le doy a "usté" un disgusto del que se va a acordar "pa" "toa" su vida! Y ahora, largo de aquí. Vaya "usté" a que le ponga árnica Rocío. ¡*Tronío*, ábrele la puerta a este "ecce-homo"!

Augusto, mordiendo su furor, sin proferir palabra, salió tambaleándose de casa de la india Josefina.

* * *

Augusto Trillo se juró venganza. Cuando le contó a Rocío lo ocurrido la noche anterior en la mancebía, le dijo:

—Necesito vengarme.

—¿Cómo?

—Robándoles a esos miserables lo que más quieren: escapándome de Lima con Manolita.

—¿Olvida usted que Manolita me pertenece a mí? Usted mismo me lo dijo un día.

—Mi venganza será la suya—exclamó Augusto.

En los ojos de Rocío brilló un siniestro fulgor de alegría.

—Cuente usted conmigo y con todo el dinero que necesite. Dentro de diez días salen *el Pilares* y Miguelito para Arequipa,

donde tienen que torear una corrida, la última. Yo me encargo de que Manolita no les acompañe y se quede en Lima. Dentro de dos o tres días desaparece usted del hotel. Yo diré que se ha vuelto usted a Chile. En casa de una amiga mía le prepararé sus entrevistas con Manolita. Lo demás es cosa de usted. Manolita le quiere a usted con locura. Lo que han hecho su padre y Miguelito con usted le llegará al alma. Convencida de que *el Pilares* se opondrá siempre a sus relaciones con usted y de que no queda otro recurso que la huída, se escapará con usted. La conozco y sé que es capaz de ello.

Cuando Manolita se enteró del cobarde ultraje de que había sido víctima Augusto, creyó enloquecer de dolor e indignación. Pero, aleccionada por Rocío, disimuló su estado de espíritu. Dos días después, cuando Augusto Trillo abandonó el Hotel Maury diciendo que regresaba a Chile, *el Pilares*, convencido de que aquella marcha no era otra cosa que una fuga debida al miedo, queriendo remachar el clavo, le descubrió a su hija todo lo sucedido:

—Para que tú veas qué clase de hombre era ese granuja que se te estaba metiendo por el alma. Nos lo encontramos la otra noche borracho "perdío" en una casa de mala vida, le pegamos una paliza que lo dejamos "en cueritos vivos", le dije yo, mirando por tu bien, que no volviera a poner los ojos en tu cara si no quería tener un disgusto conmigo, y ahí lo tienes: le ha "faltao" el tiempo "pa" coger el portante y volverse a Chile. ¡Vaya un "gachó" con riñones! ¡Hombre más "gallina" no lo he visto en mi vida! ¡Y un "tipacho" así había "levantao" los ojos a este lucerito mío!... Que te sirva de lección el desengaño, hija mía.

En una casa del barrio chino, lugar de "citas", explotado por una celestina amiga de Rocío, se veían a solas por las tardes Manolita y Augusto. El aventurero, perdida ya toda continencia y desatado por sus deseos de venganza el destructor vendaval de su lujuria, venció pronto la débil fortaleza. ¡Con qué erótico frenesí y sádico furor la hizo suya! Al hollar con satánica voluptuosidad aquel cuerpo virgen, como si dejase en él con sus besos y caricias, que eran zarpa-

zos y mordiscos, un estigma indeleble de ignominia, el paria sintió que se desquitaba en un momento de todas las amarguras de su vida y que todo el rencor que la impotencia había ido reconcentrando en su alma, se resolvía de pronto, al fecundar con el veneno de su sangre las palpitantes entrañas de la hembra, en una apoteosis de triunfo.

Entregada ya a él en cuerpo y alma la hija de *el Pilares,* esclava suya, no le costó a Augusto Trillo mucho trabajo el convencerla de la necesidad de fugarse con él si querían ser felices.

—Hay que hacerlo así; no hay otro camino. En España nos reuniremos con tu padre y no tendrá más remedio que perdonarnos.

Rocío, que veía cómo se iba consumando su obra, venció los últimos escrúpulos en el ánimo de Manolita.

—No lo pienses más—le decía, acariciándola—; lo que te propone Augusto es lo que debéis hacer. Yo te lo aconsejo también. Conozco a tu padre: si se enterase ahora de lo que ha "pasao" entre vosotros, os mata a

los dos de fijo. Si ponéis tierra de por medio, el tiempo se encargará luego de hacerle comprender. Un padre es un padre siempre, y pasado el primer arrebato no deja de perdonar nunca. También mi madre me perdonó a mí. Además, que yo estaré aquí para parar el golpe. Yo me encargo de convencerle durante la travesía. Cuando nosotros lleguemos a España, ya podéis vosotros estar allí. Os presentáis a tu padre y él será el primero en querer que os caséis en seguida. Haz lo que te digo y confía en mí, Manolita.

Cuando llegó el día de la salida de *el Pilares* para Arequipa, su hija se sintió enferma y, aunque muy contrariado, hubo de marcharse el torero dejándola en Lima. Antes le dijo a Rocío, que desde la desaparición de Augusto había empezado a insinuarle a su antiguo amante la posibilidad de volver a ser suya:

—Ten mucho "cuidao" con Manolita. Te confío con ella lo que más quiero en este mundo. Y tened preparadas las cosas para cuando volvamos, porque en el primer vapor que pase para Panamá emprendemos el regreso a España.

—Vete tranquilo, Manuel—le prometió Rocío—. ¡Tu Manolita es ya cosa mía!

Cinco días después de la marcha de *el Pilares,* su hija y Augusto Trillo, con pasaportes falsos que hiciesen imposible al pronto toda pista, se embarcaban en El Callao para Valparaíso, con dirección a la República Argentina. El mismo día, con rumbo hacia el norte, camino de España, consumada su venganza, se embarcaba también Rocío.

* * *

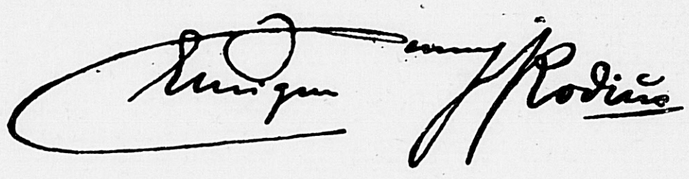
Cuando la parienta de *el Pilares,* una infeliz mujer que no había advertido nada hasta entonces, descubrió la desaparición de Manolita y de Rocío, le puso un telegrama urgente al torero cordobés.

Al regresar éste a Lima, loco de dolor, se encontró con esta carta de Rocío:

"Manuel: Todo el mal que me hiciste te lo perdoné el día que me separé de ti en Colón. Pero mataste villanamente a mi madre,

que era sagrada para mí, y ese crimen no te lo perdoné nunca. Para vengarme juré herirte en lo que tú más quieres: en tu hija. Ya lo he conseguido. Manolita, deshonrada por Augusto Trillo antes de salir tú para Arequipa, se escapa hoy mismo con él. Augusto Trillo no es ingeniero ni rico. Es un aventurero sin oficio ni beneficio y un mal hombre, además, que no tiene corazón. No quiere a tu hija ni la querrá nunca. Te la roba para vengarse también de ti. Yo le he dado el dinero para que huya con ella. No tardará mucho tiempo en abandonarla por ahí, en cualquier sitio. Consuélate pensando que en todas partes hay prostíbulos, y que rodando por ellos, mientras sea joven, se podrá ganar muy bien la vida tu Manolita, como yo, para que ella pudiese llegar a lo que yo he sido, me la he ganado durante tres mortales años en Iquique. Con mis ahorros pienso abrir en España un burdel, tan elegante como aquel de Barcelona en el que tú me vendiste por primera vez. Si me visitas algún día, acaso te encuentres en él con tu hija.—Rocío, *la Pilares.*"

Cuando Manuel Pavón leyó la carta de Rocío, sintió una angustia mortal, y como una fiera herida súbitamente en mitad del corazón, lanzando un grito ronco, se desplomó en el suelo sin sentido.



Madrid, enero 1924.

Revisada por las Censuras Militar y Gubernativa.



LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

LA NOVELA DE NOCHE

NUMEROS PUBLICADOS

1, La hija de la Cortesana, por «El Caballero Audaz». Ilustraciones de *Penagos*.—**2, Demasiado hermosa,** por Rafael López de Haro. Ilustraciones de *Ribas*. **3, La casa de "La Trini"**, por Emilio Carrère. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.—**4, El veneno de la aventura,** por Alvaro Retana. Ilustraciones de *Guillén de Villena*.—**5, El Palomar,** por Joaquín Belda. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**6, Relato inmoral,** por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de *Dichi*.—**7, Astucias de mujer,** por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**8, La comedia de la honorabilidad,** por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de *Antonio Juez*.—**9, Los pecados de Carmina,** por Alberto Valero Martín. - Ilustraciones de *Robledano*.—**10, A todo amor,** por Felipe Sassone. Ilustraciones de *Penagos*.—**11, Miguelillo, el de la Cava,** por Antonio Casero. Ilustraciones de *Casero (hijo)*.—**12, Felicidad,** por Alberto Insúa. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**13, Un consentido,** por Juan Ferragut. Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.—**14, El diablo con faldas,** por Alvaro Retana. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**15, La maldita carne,** por Fernando Mora. Ilustraciones de *Rivero Gil*.—**16, Rocío, "la Pilares"**, por Enrique Domínguez Rodiño.—Ilustraciones de *Baldrich*.

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MUCHAS GRACIAS

30 cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◈

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◈

EL QUE LO COMPRA REPITE

◈

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO



REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO

La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID,